

EL TROVADOR DE LA GALAXIA

CLARK CARRADOS

El trovador de la Galaxia

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/095

CAPÍTULO PRIMERO

Era conocido en toda la Galaxia. Bueno, acaso esto sea una afirmación algo exagerada, puesto que lo más correcto sería decir que era conocido en todos los sistemas solares que hay alrededor del nuestro en radio de unos 200 A/L (años luz), porque, realmente, y por muy adelantados que estén los medios de comunicación interestelar, los 100 mil o más A/L de la Vía Láctea es realmente un espacio muy grande para que la fama de una persona pueda, atravesarlos así como así.

De todas formas, Stefan era muy conocido en este trozo de Galaxia, y su guitarra tanto o más que él. Al cabo de unos años de verle rodar de planeta en planeta, a alguien se le ocurrió llamarle «El Trovador de la Galaxia», y desde entonces casi todo el mundo se olvidó de su nombre y, por supuesto, de su apellido, cosa ésta que muy pocos habían sabido.

Stefan había recorrido todos los rincones de aquel trocito de Vía Láctea con la guitarra a cuestas, como un trovador medieval que de repente hubiera sido trasplantado a la era de los viajes interestelares. Su larga figura, con un rostro delgado, de facciones impasibles, en las cuales jamás se había visto una sonrisa; sus ojos obscuros que brillaban como brasas en determinadas ocasiones; su descuidada vestimenta, no sucia, sino simplemente renovada muy de tarde en tarde; y su voz y los melancólicos sones de su instrumento, le hablan dado una fama que, a querer consolidarla, le hubiera producido una fortuna fabulosa.

Pero el dinero no había tentado nunca a Stefan. Se había procurado únicamente el indispensable para atender a sus necesidades... y para pagarse los pasajes en las astronaves, y no precisamente porque no le brindaran un hueco en sus aparatos los comandantes de astronave,

sino porque quería, en primer lugar, tener absoluta libertad; después, no deber nada a nadie sino a sí mismo y a su propio esfuerzo, y, por último, porque de haber aceptado el pasaje gratis, acaso hubiera complicado al capitán de la nave en un homicidio. Pues ya es hora de que se diga que Stefan buscaba a un hombre para matarle. Y no había hecho nunca un secreto de sus intenciones.

Porque buscaba a aquel hombre por todos los rincones del cielo, se había hecho célebre, aunque nunca había dicho su nombre ni los motivos por los cuales deseaba matarlo.

Stefan viajaba constantemente por el espacio, sin prisas, deambulando de aquí para allá, de planeta en planeta y de sistema en sistema, siempre con su guitarra a cuestas, interpretando las últimas novedades musicales del momento, muchas de las cuales eran originales de él mismo, pues tenía un innato sentido para componer melodiosas canciones.

Stefan no hubiera servido para cantante de ópera, pero tenía una voz muy bien modulada y agradable, sin chillonas estridencias, que arrebataba al auditorio apenas se dejaba oír. Muchos habían sido los editores de música y las empresas de grabación que le habían ofrecido verdaderas fortunas por hacerse con los derechos de su voz, pero Stefan siempre se había negado. El dinero no parecía tener importancia para él.

En realidad, para obtener unas cuantas monedas de oro, no le hacía falta más que templar su instrumento y rasguear las cuerdas del mismo acompañándose con él en sus melodías. Al instante empezaba a llover sobre él el dinero que le arrojaban los emocionados oyentes, de los cuales, como es natural, las mujeres eran las que proporcionaban un contingente más elevado. Stefan interpretaba unas cuantas canciones y cuando veía que tenía fondos suficientes, se echaba la guitarra a la espalda y se encaminaba pausadamente hacia el astropuerto más próximo.

Le habían sido hechas muchas ofertas para que arrojase el ancla de una vez, y se estableciese definitivamente, pero nunca había aceptado ninguna. Stefan prefería la vida libre y, ¿por qué no decirlo? un tanto azarosa del vagabundo. Hoy aquí, ayer allí, mañana..., ¿dónde?

—¿Por qué caminas siempre sin cesar? —le preguntaban.

—Busco a un hombre —era su respuesta.

—¿Para qué?

—Para matarlo —era la frase invariable con que cerraba el corto diálogo, tras de lo cual, con rostro impasible entonaba cualquiera de las melodías que le habían hecho célebre.

Su voz era un pasaporte seguro para cualquier parte. Cuando Stefan aparecía en el astropuerto, se producía siempre una enorme conmoción. ¿Qué nave tomaría? Aquellos afortunados que consiguieran viajar con él, tendrían luego mucho de qué hablar durante el resto de sus días. Y en cuanto se le veía asomar, los pasajeros corrían a proveerse de micro grabadores con objeto de conservar las notas de la voz de Stefan tanto como un recuerdo imborrable como una prueba irrefutable de que habían hecho el viaje en la misma nave que él.

«Soles Viejos», «Aldebarán», «Einstein», «Andrómeda», «El Negro Espacio Silencioso», «Nebulosa en Ruinas»..., éstas eran las melodías más conocidas de Stefan, y que con mayor insistencia pedía el público que tenía la suerte de hallarse a su lado. Y Stefan no sabía nunca negarse a una petición, aunque, en tanto que rasgueaba la guitarra y cantaba, sus vivos ojos escrutaban incesantemente los rostros de quienes le escuchaban, embobados, sumidos poco menos que en el séptimo cielo, buscando el del hombre a quien tenía que matar. Pero ya llevaba doce años tras él, sin que hubiera conseguido hallarle.

Más no eran éstos solos los triunfos que había logrado la privilegiada voz de Stefan. Estaba, por ejemplo, su amistad con Bashur, rey de Altair, de la Constelación del Águila, a 15 A/L.

No había otros seres más salvajes en todo el mundo galáctico conocido que los habitantes de Altair, bueno, de los planetas de su sistema, y no se conocía de ninguna nave del espacio que no hubiera aterrizado allí, que hubiera logrado sobrevivir. Eran ferozmente independientes y nunca habían querido integrarse en ninguna Unión o Federación de las que tanto abundaban en la Galaxia. Tampoco admitían embajadores o parlamentarios de ninguna clase, fueran cuales fueran los motivos que les llevaban a Altair. Ni la amenaza de una guerra total nuclear les había hecho doblegarse; preferían morir todos con su sistema, antes que aceptar la menor imposición de nadie, ni siquiera en forma de sumamente favorables relaciones comerciales o simplemente de amistad. Al final, había habido que dejarlos por imposibles, y Altair era un sistema que se soslayaba cuidadosamente en los viajes interestelares, de tal modo que, cuando se anunciaba la pérdida de alguna espacionave, podía asegurarse, con un mínimo de error, que había sido destruida por los altairianos al pasar demasiado cerca de su sistema.

Pues bien, Stefan era el primer hombre que podía ufanarse de haber vuelto con vida de Altair. Un capitán de astronave, harto de él y sus canciones, lo había echado a puntapiés por una esclusa de aire, largándole al espacio con un bote salvavidas, de los que comúnmente se denominaban «ataúdes espaciales», porque realmente eran eso, ya que no servían más que para prolongar la vida en caso de siniestro a bordo unos cuantos días, escasamente una semana. Pero la buena suerte de Stefan había querido que fuera a aterrizar en Diuhaut, el planeta donde Bashur tenía la sede de su gobierno.

Sería demasiado largo de explicar cómo Stefan consiguió hacerse amigo de los altairianos y de su rey; algún humorista de pobre o ninguna imaginación le aplicó el conocido dicho de «la música amansa las fieras». El caso fue que, a partir de aquel momento, Stefan se convirtió en el ser más apreciado por Bashur, incluidos su esposa e hijos, y sólo gracias a los ruegos del trovador, pudieron entablarse las primeras relaciones comerciales entre Altair y los restantes pueblos de la Galaxia, de los cuales, la Tierra, naturalmente, sacó la mejor tajada. Stefan habría podido quedarse en Diuhaut para toda la vida, viviendo aún mejor que el propio Bashur, con la sola obligación de interpretar para éste un par de canciones diarias; pero no quiso. Tenía su venganza ante él, y en tanto no la hubiera alcanzado, no podría renunciar a la vida de vagabundeo que llevaba.

Tampoco quiso aceptar la fortuna que Bashur le ofrecía; se contentó con un par de pedruscos irisados, con los cuales hubiera podido comprar todas las riquezas de las selvas brasileñas, que ya es decir; y no los vendió, sino que los conservó como recuerdo de su amigo el rey Bashur, de Altair. Por su parte, le hizo a éste el regalo de unas cuantas cintas visofónicas, en las cuales estaban grabadas sus mejores canciones, así como su imagen interpretándolas, con lo cual su amigo hubo de consolarse escuchándole «en conserva». También Bashur hubiera podido hacerse rico, si ya no lo hubiese sido, vendiendo dichas cintas, pero eran regalo de su amigo, y los regalos de los amigos no se venden.

En vista de que sus ruegos eran inútiles, Bashur le ofreció a Stefan cuantos hombres y medios necesitara para hallar al que buscaba. Stefan se lo agradeció, pero lo rechazó.

—Es un asunto particular mío, que nadie sino yo debe resolver.

—Poseo riquezas colosales —gruñó Bashur, enorme, gigantesco como un nuevo Hércules—, con las cuales podríamos tener a ese hombre en menos de un mes de vuestro tiempo. Y todos los altairianos estarían

más que gozosos de que los aceptases como compañeros para ayudarte en la búsqueda, Stefan.

El joven, pues Stefan lo era aún, meneó la cabeza, denegando.

—No, gracias, Bashur. Te lo agradezco de todo corazón, pero no quiero que nadie, un día, pueda acusarme de haber empleado otros medios que mi cabeza y mis manos.

—Eres un valiente, y ya sólo por eso merecerías mi admiración y mi aprecio, Stefan. Pero quiero que me prometas una cosa,

—De acuerdo, Bashur.

—Cuando necesites auxilio, de la clase que sea, lo mismo en hombres que en armas, en naves que en dinero, envíame un galactograma. Todo el reino de Altair es tuyo, y bastará una sola palabra tuya para que yo movilice todos mis recursos en tu favor. ¿Me has comprendido?

—Sí —afirmó el joven.

—¿Prometes hacer lo que te he pedido?

—Sí, Bashur.

—Está bien. Entonces, ve, busca a ese hombre, mátalo, y luego vuelve aquí. No sé si querrán castigarte por matarlo; pero si así fuera, en Altair, no queriéndolo yo, nadie te tocaría el pelo de la ropa, ¿entiendes?

—Gracias, Bashur; pero no creo sea necesario.

—Yo quisiera que sí; de esta forma te daría ocasión de demostrarte mí amistad con algo más que palabras y un par de diamantes irisados.

Stefan sonrió.

—Gracias, Bashur. Con lo que acabas de decir, tengo más que suficiente.

—Oye, y cuando te aburras —rogó el poderoso rey—, date una vueltecita por aquí. No es lo mismo escucharte en la pantalla que en persona, ¿comprendes?

Y Stefan había seguido su peregrinación. De cuando en cuando, tal como lo había prometido, regresaba a Diuhaut, descansaba unos

cuantos meses, haciendo con sus canciones la felicidad no sólo de Bashur, sino del más humilde de sus súbditos, pues Stefan no regateaba a nadie nunca una canción, y luego, arrastrado por un irresistible impulso, volvía al espacio, para proseguir aquella búsqueda que parecía ser tan eterna como el mismo cielo que tantas y tantas veces había recorrido.

Y así, doce años después de haber comenzado su errante vida, Stefan llegó un buen día al planeta Ekozion, decimoctavo del sistema de Vega, de la Constelación de la Lira, a 27 A/L de la Tierra.

En el viaje había obtenido monedas suficientes para permitirse el lujo de estar en Carinthia, la capital de Ekozion, de modo que, sin la menor indicación, sin despedirse siquiera de nadie, como tenía por costumbre, abandonó la nave «Barracuda», en tránsito para Cabra del Cochero, y se encaminó a pie hacia la ciudad.

Ekozion era un planeta aún en vías de colonización, descubierto apenas un par de siglos antes, en el que, por lo tanto, la vida organizada como en otros mundos, sin mencionar siquiera la Tierra, era apenas un poco más que una entelequia. Diciendo que allí era la ley del más fuerte la que reinaba, se estaría mucho más cerca de la verdad que de otra cosa.

Pero precisamente por eso mismo, Stefan había elegido Ekozion, porque sabía que era uno de los sitios ideales para esconderse el hombre que buscaba. Y, como allí la confianza brillaba por su ausencia, al mismo tiempo que las comodidades, tuvo que tragarse a pie los veinticinco kilómetros que separaban el astropuerto de Carinthia, dado que ningún colonizador quiso aceptarlo en su helicóptero. Aquellos hombres estaban demasiado preocupados con sus problemas de trabajo, a los cuales se unía la presencia de demasiados indeseables en el planeta, para aceptar así como así la compañía de un desconocido como Stefan a bordo de su vehículo. No, no era Carinthia uno de los lugares donde más se había extendido la fama del trovador, pero éste no se sintió ofendido por ello.

Seis horas más tarde, llegó a la capital, rendido y aspeado. Carinthia era una ciudad en pleno crecimiento, naturalmente anárquico, y todavía muy pequeña aún, a pesar de lo cual, sus irregulares calles estaban atestadas de gente que iba y venía entregada a sus quehaceres.

Antes de descansar, Stefan quiso remojarse el gaznate, pues no rehusaba abandonarse de vez en cuando a los encantos de un trago,

especialmente en una ocasión como aquélla, en que tanto lo necesitaba. Buscó con la vista, hasta hallar el lugar donde sabía se iba a dejar un buen puñado de soles a cambio de un vaso de cualquier porquería alcohólica, cuyo origen era siempre preferible ignorar.

«La Bella y el Átomo» llamó su atención desde el primer momento. Más que nada, eligió el local porque parecía menos concurrido que cualquiera de los otros, y Stefan lo que buscaba en aquellos momentos era un poco de aislamiento. Se dirigió hacia el establecimiento, pero en el momento en que se disponía a abrir la puerta, alguien lo hizo por él.

Primero oyó el clásico chasquido de una bofetada propinada con airada energía; luego un gemido ahogado, seguido de otra bofetada y un grito agudo, y después, alguien le ahorró el trabajo de abrir la puerta.

Una mujer salió violentamente empujada, rodando sobre la acera, antes de quedarse en el suelo, encorvada sobre sí misma, sollozando amargamente. Casi en el acto, un hombre salió detrás de ella, insultándola con soeces palabrotas.

—¡Bestia inmunda! ¡Estúpida! ¡Inútil! Eres un estorbo que no sirves siquiera para ganarte la comida que te doy. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera he dicho, sucia mestiza rigeliana!

La mujer separó sus manos del rostro, mirando despavorida al hombre que la estaba insultando. A Stefan le pareció patéticamente débil y temerosa, cosa muy lógica tratándose de una muchacha que apenas habría cumplido los veinte años.

En cambio, el hombre era fuerte, vigoroso, recio como un toro terrestre, en la plenitud de su vida, y su boca, rodeada por un espeso bosque de hirsuto vello, no cesaba de vomitar las más procaces injurias contra la mujer.

Stefan se dijo que era ya hora de cortar el chorro de palabrotas. Con glaciales gestos, se colocó entre el hombre y la muchacha, aún caída en el suelo.

—Es suficiente ya, amigo —dijo con voz tranquila, que no se había elevado un ápice de su tono normal—. Si la muchacha le hizo algo, ya lo pagó con creces, de modo que déjela en paz de una vez.

El hombre le miró con dureza.

—¿Quién es usted para meterse en cosas que no le importan? Ah, pero se ve que es forastero, ¿verdad?

—Es lo de menos, amigo. Deje ya en paz de una vez a la muchacha, o le daré que sentir.

Stefan era alto, pero delgado, de modo que parecía un alfeñique en comparación con su oponente. Algunos curiosos, oliendo la bronca, empezaron a acercarse.

—¿Usted? ¿Usted meterse con Rynn Lagos? Vamos, lárguese de ahí, si no quiere que le deshaga de un solo golpe. Esa maldita mestiza me ha hecho una sucia faena y tengo que cobrármela. ¡Vamos, puerca rigeliana, ven acá!

El terror aumentó en los claros ojos de la muchacha, cuya piel tostada parecía de cobre brillante, en tanto que sus cabellos semejaban un manojo de hebras de oro blanco. Con tranquilo ademán, Stefan se despojó de la guitarra, apoyándola contra la pared más cercana.

—Esa muchacha no va a ir con usted, porque yo se lo voy a impedir, Rynn Lagos.

—¡Está loco! ¡Déjeme pasar...!

—Pruebe a hacerlo, si puede —le desafió Stefan.

El rostro de Lagos se inyectó en sangre. Crispó los puños y, rugiendo de cólera, se arrojó sobre su antagonista.

Pero el joven ya se esperaba esta reacción. Se ladeó un poco, y cuando la nuca del tipo estuvo al alcance de su mano, el filo de ésta la golpeó con terrible dureza. Lagos dio un salto convulsivo hacia adelante, y luego se desplomó de bruces al suelo, quedando completamente inmóvil.

Stefan ya no hizo el menor caso del caído ni de los excitados comentarlos que había levantado su acción entre los circunstantes. Recobró su guitarra y luego alargó una mano y ayudó a levantar a la muchacha.

Ésta gritó aterrorizada:

—¡Rynn Lagos me matará si me voy con usted!

Stefan meneó la cabeza, sonriendo.

—Nadie te hará el menor daño estando a mi lado, muchacha. ¿Cómo te llamas?

—Moyna—contestó ella, fijando sus ojos, que de tan claros parecían carentes de pupila, en los del joven.

—Oí decir que eres de Rigel.

—Así es. Y usted, ¿cómo se llama?

—Stefan —sonrió el joven. Al mismo tiempo que tomaba el brazo de la muchacha añadió—: Anda, ven conmigo, Moyna.

Alguien oyó las anteriores palabras y relacionó el nombre con el instrumento musical.

—¡Es el «Trovador de la Galaxia», muchachos! ¡Stefan! ¿No le habéis reconocido?

Pero el joven no hizo caso de los murmullos de admiración que se habían levantado y se abrió camino, llevando a Moyna junto a sí.

CAPÍTULO II

Stefan miró a través de las nubes de humo de su cigarrillo a la muchacha, la cual, sin poderse contener, comía ávidamente, denotando con su actitud las privaciones a que había sido sometida. Moyna vestía un andrajoso mono de esponja de nylon, de color azul, que contrastaba fuertemente con el cobrizo tono de su epidermis y el brillo de sus cabellos. Sólo fue al haber vaciado por completo su plato cuando Moyna se dio cuenta de la incorrección que había cometido.

—Perdóneme —dijo, toda avergonzada—, pero ¡tenía tanta hambre!

—No me trates de usted —dijo Stefan comprensivo—. ¿Qué hacías en casa de esa bestia?

—Era... soy su esclava —contestó Moyna—. Me distraje un momento... y el asado se quemó. Era de ternera —añadió a guisa de explicación.

—Ah—murmuró el joven, pensativo, pues sabía el precio que allí

podía alcanzar la carne de res terrestre. Luego preguntó de repente—: ¿Has dicho esclava?

—Así es, Stefan —respondió Moyna, mirándole fijamente con sus glaucas pupilas, de insondable profundidad.

—Es absurdo. No existe la esclavitud, Moyna.

—Será en otros planetas, Stefan; pero en Ekozion todavía hay esclavos. A mí me vendieron hace unos años a Lagos..., y desde entonces he estado con él.

—Eso se ha acabado ya —murmuró el joven—. A partir de ahora eres una mujer libre, Moyna.

Ella meneó tristemente la cabeza.

—Lagos no querrá deshacerse de mí —objetó resignadamente.

—Lo hará cuando yo pague por ti el precio que me diga —contestó Stefan. Y luego, dándose cuenta de que la muchacha le miraba, asombrada de que un hombre con tan desastrados ropajes pudiera hablar de dinero, añadió —: No te preocupes por esa cuestión, Moyna. Yo la arreglaré más tarde con Lagos. Pero... no acabo de comprender cómo pudiste caer en sus manos.

La mirada de la muchacha se dirigió hacia el selvático panorama que se distinguía desde el ventanal del «Spring Cometo.

—Yo soy mestiza de terrestre y rigeliana. Mi padre casó con mi madre en Rigel, sin importarle gran cosa la diferencia de raza. Pero un buen día, cuando yo tenía unos siete años, se despidió de nosotras, diciendo que tenía que hacer un viaje a la Tierra, a fin de ultimar unos asuntos, para regresar a Rigel y quedarse allí definitivamente. No volvió nunca.

Una lágrima rodó por las tostadas mejillas de la muchacha, que calló unos momentos. Después, haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, continuó:

—De eso hace ya unos once o doce años. Cinco más tarde de haberse ido, mi madre decidió salir en su busca. A mitad de camino, la nave fue asaltada por unos piratas del espacio, matando a la mayoría de la tripulación y pasajeros. Los que quedaron vivos, terrestres, fueron rematados para que no hablaran. Los pocos rigelianos que allí íbamos fuimos vendidos como esclavos en Ekozion. Mi madre no; porque había muerto en el asalto. Y aquí he estado desde entonces, sin poder

hallar a mi padre, ni saber qué fue de él.

—Era un terrestre has dicho, ¿verdad?

—Sí, Stefan.

—Yo tengo amistades muy poderosas en la. Tierra, aunque tú no te lo creas, cosa lógica con mi aspecto, y ellos harán lo imposible por encontrarlo. Pero me tendrás que decir el nombre de la nave en que viajaba tu padre y luego el de éste.

—Sí, es claro. La nave era la «Edmund Hillary», y mi padre se llamaba Joe Forrester.

Hubo un gran silencio en aquel rincón del comedor, como si de repente se hubiera extinguido el sonido. Los ojos de Stefan brillaron fulgurantemente.

—Repite eso, Moyna.

La muchacha se enderezó.

—Joe Forrester. ¿Por qué lo preguntas? ¡Acaso le conocías tú, Stefan?

El joven aplastó inconscientemente el cigarrillo contra el cenicero.

—Siento tener que darte malas noticias, Moyna. Es inútil que conserves ninguna esperanza, porque Joe Forrester murió.

—¡No! ¡Es imposible, Stefan! Dime, ¿cómo lo sabes tú? Hay billones y billones de seres en la Galaxia... ¡y tú tenías que conocerlo!

—Así es, Moyna. Tu padre murió, con ocho hombres más, en un lugar conocido por Fuerte del Frío, en Amaltea, el quinto satélite de Júpiter.

La muchacha permaneció un momento coma atontada, incapaz de creer la revelación que acababa de serle hecha. Stefan observó que Moyna hacía un poderoso esfuerzo sobre sí misma para no romper en sollozos, y que lo conseguía al fin. No era una belleza propiamente dicha, pero no carecía de cierto exótico atractivo, que prestaba interés a su rostro.

—¿Cómo lo sabes, Stefan? ¿Quién te lo dijo?

—Nadie. Estaba yo allí cuando murió, en unión de sus ocho compañeros.

—¿Tú? ¿Tú lo viste morir? ¿Y por qué? ¿Qué ocurrió, Stefan?

El joven meneó la cabeza tristemente.

—Es duro decírtelo, Moyna, pero debes saber la verdad. Tu padre y ocho hombres más murieron asesinados, por un hombre en el cual habían puesto toda su confianza. Yo mismo estuve a punto de morir en el Fuerte del Frío.

—¡Asesinado, Stefan! Es horroroso... absurdo... increíble...

—Pero absolutamente cierto, Moyna. Tu padre venía en la «Edmund Hillary», que fue sorprendida, ya en vuelo planetario, por una tormenta meteórica, que la destrozó. Apenas si pudieron salvarse cinco más con él, en un bote salvavidas, que tuvo la suerte de refugiarse en dicho Fuerte. Allí estábamos cinco hombres, a cargo de una estación retransmisora de espaciogramas y galactogramas. En total nos reunimos once personas..., de las cuales sólo viven hoy dos. El asesino y yo.

—¿Y quién es, Stefan? ¿Quién es el hombre que mató a mi padre? ¿Por qué lo hizo?

—El nombre del asesino poco podría decirte, puesto que no lo conoces siquiera. Y los motivos son fáciles de comprender, sabiendo que tu padre, así como los que le acompañaban, llevaban una fortuna encima en soles, con los cuales pensaban adquirir material e instrumentos que sólo en la Tierra pueden hallarse, para transportarlos a Rigel. El hombre aquel los asesinó a todos para quedarse con el dinero. Y yo... yo sobreviví de milagro, puesto que a veces no me explico cómo estoy vivo. Pero cuando hube sanado, juré que no descansaría hasta hallarle y castigarle como se merece.

—¿Y no has podido dar con él nunca, Stefan?

El joven meneó la cabeza.

—No. Es un tipo muy duro, hábil y escurridizo al mismo tiempo, que ahora, y merced al dinero tan ilegalmente adquirido, se ha labrado una colosal fortuna, que le permite estar a salvo de mis ataques. Pero un día ha de llegar, indefectiblemente en que lo encuentre, y ese día...

Las manos del joven se crisparon en un irreprimible gesto de cólera. Moyna tomó una de ellas con las suyas. Los ojos parecieron convertírsele en dos trozos de cobre fundido al mirarle.

—Stefan, déjame acompañarte. Yo también quiero vengar a mi padre.

—No. Es una tarea muy peligrosa para una mujer.

—Era mi padre —insistió Moyna tercamente.

—No. Te llevaré a Diuhaut, la capital de Altair. El rey Bashur es íntimo amigo mío y te acogerá allí lo mismo que si fuera yo.

—¡Bashur! —repitió la muchacha, estupefacta—. ¡Tú, amigo de Bashur, que no es amigo de nadie que no haya nacido en Altair!

—Así es, Moyna, por raro que pueda parecerte. Allí estarás segura y a salvo, sin temer nada de Lagos y libre para siempre.

—¡Pero yo quiero ir contigo, Stefan! Déjame ir; cuatro ojos ven más que dos y cuatro oídos oyen más que dos. A fin de cuentas —añadió Moyna con insospechado orgullo— mi padre era un terrestre. A menos, Stefan —se dolió la muchacha—, que te avergüences de ir en compañía de una mestiza rigeliana.

—Eso nunca, Moyna. Nunca me preocupé del color de la piel ni del lugar de nacimiento de una persona. Pero, si vienes conmigo, te prevengo que correrás graves peligros. El asesino sabe que lo busco, y en más de una ocasión ha atentado contra mi vida. Si ahora se entera, porque es inevitable a la larga o a la corta, que la hija de Forrester también le busca, redoblará sus esfuerzos para deshacerse de nosotros dos.

—No lo conseguirá. Somos más listos que él y acabaremos vengándonos, Stefan.

El joven suspiró.

—Quisiera creerlo así, Moyna. Está bien; ahora te acompañaré a algún lugar donde puedas adquirir unas ropas más decentes que las que ahora llevas.

—En Carinthia va muy cara la ropa, Stefan. No podré pagarte el dinero que emplees en mí.

Por primera vez en doce años el joven rio, extrañamente jubiloso.

—¡Qué importa eso, Moyna! La Galaxia está llena de soles-moneda que sólo aguardan mí mano para recogerlos. ¡Vamos a buscar una tienda; yo también necesito cambiarme de ropa!

El joven agitó una mano y el camarero le presentó una factura de aterradoras proporciones, capaz de estremecer a un millonario terrestre. Pero Stefan no se inmutó por ello y aún añadió cinco soles de propina, cosa que dejó atónito al camarero, acostumbrado a propinas nunca superiores a diez centavos.

Stefan tomó a Moyna por el brazo, pero cuando ya salían, una persona les cerró el paso. Rynn Lagos puso una de sus manazas en el pecho del joven,

—Amigo, no tenga prisa; antes hemos de arreglar un pequeño asunto que tenemos pendiente entre los dos.

—¿Cuánto?—dijo fríamente Stefan.

Lagos se aturdió al oír la respuesta. Colgado del cinto traía un pistolón de terrorífico aspecto, y era evidente que había venido con intenciones de usarlo.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

—Simplemente esto: ¿cuál es el importe de Moyna?

—Escuche, jovencito; yo compré a Moyna como esclava mía y si piensa que voy a ceder mis derechos así como así, está...

—No estoy ni así ni asá, Lagos. Dígame el importe de la prima de esclavitud y se lo abonaré íntegramente. Esto es, si le conviene recuperar su dinero. Porque de otra forma, se quedará sin Moyna y sin dinero, ¿me ha entendido?

Algo debió de ver Lagos en los ojos del joven, porque, de repente, sin chistar siquiera, cambió de actitud y mencionó una cifra. Stefan frunció el ceño.

Había llevado últimamente una buena campaña y tenía dinero en abundancia, pero aquello sobrepasaba a cuanto disponía en aquellos momentos. De haber estado más cerca de Altair, no le hubiera importado, porque Bashur hubiera acudido en su auxilio, pero ahora... Suspiró, resignado, viendo brillar una chispa de júbilo en los ojos de Lagos.

Metió mano a la pequeña bolsa que siempre llevaba colgada del hombro y en la cual se hallaban todas sus pertenencias. Sacó de ella otra bolsita más pequeña, de la que extrajo una gruesa piedra, del tamaño del puño, que brilló deslumbradoramente con irisados reflejos

a la luz de Vega.

—Tome —dijo, arrojándole el diamante altairiano a las manos—; con lo que sobre, cómprese otro bar.

Stefan tomó del brazo a Moyna, dejando tras sí a un estupefacto Rynn Lagos, que no sabía si prorrumpir en aullidos de júbilo al sentirse poseedor de un diamante altairiano, o echarse al suelo y barrerlo para que los jóvenes no se mancharan los pies al caminar. Pero ninguno de éstos le hizo el menor caso, y por primera vez en su vida, Moyna empezó a sentir la felicidad de saberse libre y sin temor alguno a los golpes e improperios.

También supo la muchacha del placer de poder comprar ropa sin regatear y eligiendo lo mejor. No obstante, y dado el asunto en que se había metido, procuró ser práctica, comprando prendas adecuadas a la empresa, así como Stefan, cuyo vestuario, no renovado hacía mucho tiempo, dejaba bastante que desear. El capital del joven bajó notablemente, pero esto no le preocupó, puesto que aún le quedaba otro diamante irisado y, además, en el momento que quisiera, Bashur le enviaría una nave cargada de ellos o de soles-moneda, suficiente para comprar toda Carinthia si así lo deseaba.

Después fueron al «Hotel Titania», en donde Stefan pidió dos habitaciones separadas, aunque muy próximas. Estaba cansado y deseaba bañarse y luego acostarse a disfrutar de un sueño reparador, cosa que le estaba haciendo muchísima falta.

Estaba terminando de afeitarse cuando de pronto sintió un ruidito en la parte de afuera. Frunciendo el ceño, salió del cuarto de baño, dándose cuenta de que alguien había deslizado por bajo de la puerta un papel.

Corrió hacia la puerta y la abrió de golpe.

Pero ya no vio a nadie; el pasillo estaba absolutamente desierto.

No quiso correr detrás de la persona que le había dejado aquella nota; estaba seguro de no alcanzarla, y además, la acción no le habría servido de nada, ya que sería algún botones del hotel o cosa por el estilo.

Muy intrigado, cerró la puerta, agachándose y tomando el papel. Lo desdobló.

«Stefan, usted anda buscando a una persona. Abandone la búsqueda, pues le conviene. En caso de que acceda a ello, póngase en contacto visofónico con el número KR702.»

Stefan arrugó el papel, profundamente pensativo. Caminó hacia el cuarto de baño y concluyó de asearse. Luego, sentado en la cama, con el cigarrillo entre los labios, meditó sobre la nota que acababa de recibir.

Era evidente que el asesino de Fuerte del Frío sabía su presencia allí. Pero, ¿estaba en Carinthia o bien aquello era cosa de alguno de sus agentes o esbirros? El asesino, a lo que parecía deducirse de las líneas escritas, estaba harto de huir y esconderse, y quería comprarle la venganza. ¿O era una trampa que le tendían para liquidarle y así librarse de él definitivamente?

Terminó el cigarrillo sin que hubiera tomado ninguna resolución. Al fin, se incorporó, dirigiéndose a la placa visora que había en una mesita situada en un ángulo de la estancia, cuando, de pronto, el zumbador del aparato chicharreó con persistencia.

El joven oprimió el botón de contacto. Al instante apareció el rostro de Moyna, sonriente, satisfecho, jubilosa ella, por sentirse, al fin, después de tan largos años, una persona libre.

—Stefan, ¿te he molestado con mi llamada?

—Oh, no, Moyna, de ninguna de las maneras. ¿Qué querías?

—Sólo esto, Stefan. ¡Mira!

La muchacha separó su rostro de la placa, retrocediendo de modo que el objeto captador de imágenes mantuviera la suya centrada y Stefan pudiera percibirla. Moyna dio unos cuantos pasos por la habitación, pavoneándose y andando de un lado para otro, como si fuera una maniquí terrestre, gozosa con su ropa nueva.

—¿Te gusto, Stefan?

—Oh, sí, estás muy atractiva, Moyna.

—¿De veras?

—Palabra de terrestre y… oh, dispénsame, Moyna, te lo ruego; se me escapó sin querer. Olvidaba que tú…

—Déjalo —sonrió ella—; ya estoy acostumbrada. Lo importante ahora es: ¿te gusto?

—Sí, Moyna, estás muy hermosa.

—Pero no te veo sonreír, Stefan. Nunca sonríes; ¿por qué tienes siempre ese rostro tan serio?

Los ojos de Stefan relucieron como ascuas durante un segundo, apagándose el chispazo casi al instante. Moyna, mujer al fin y al cabo, no dejó de notarlo.

—¿Te hice enfadar? —exclamó, corriendo hacia el aparato y pegando su cara casi a la placa —. Oh, Stefan, dispénsame; yo no quería…

—No tiene importancia, Moyna; es que estoy… un poco cansado. Mañana te veré, ¿sabes?

El rostro de la muchacha adoptó una expresión compungida, como temiendo haber hecho enfadar al joven, pero desapareció casi en el acto, cuando éste cortó la comunicación.

Stefan permaneció unos momentos al lado de la visoplaca, dudando y vacilando acerca de lo que debía hacer. Al fin, tomó una resolución.

Oprimió el botón de contacto de la centralilla visofónica del hotel. El rostro de una aviejada comunicadora apareció en la .placa.

—Central a cuarto 28. Dígame, señor, por favor.

—Póngame con el número KR702 de Carinthia, señorita.

—Señora Parthum, Stefan. Le conocí enseguida, y me alegro de tenerte como huésped en nuestro hotel.

—Gracias, señora Parthum. Yo también me alegro mucho de conocerla.

—Su última canción «Luna de Miel en Nova Persei» me gustó muchísimo, Stefan. Compré la cinta visofónica, ¿sabe?

Stefan empezó a impacientarse.

—Sí, gracias, señora Parthum. Por favor, ¿quiere darme ese número?

Tengo prisa.

—Sí, Stefan. Al momento. ¿Dijo el KR702? ¿Sí? Deposite dos soles y doce centavos en la ranura... Gracias. Ahora mismo, Stefan... Ahí tiene su comunicación.

La imagen de la comunicadora desapareció, siendo sustituida por la grísea blancura de la placa durante un segundo, al cabo del cual apareció en ella el rostro de un hombre muy conocido por el joven. Éste lanzó Un grito de asombro y alegría al mismo tiempo.

Pero antes de que Stefan pudiera hacer; nada, el asesino alargó la mano, en la cual llevaba un objeto que parecía un cilindro metálico, del que brotó una dura chispa de luz blancoazulada. Stefan dio un salto atrás.

El rayo de luz salió de la pantalla visofónica, alcanzándole de lleno en el pecho y derribándole de modo fulminante. El joven cayó como un montón de harapos, no sin que en la décima de segundo que durase aquella visión, advirtiera un rostro harto conocido detrás del asesino: el de Rynn Lagos. La luz fue sustituida por una intensa negrura, más obscura y opaca aún que la del mismo espacio celeste, y Stefan no tuvo tiempo siquiera de enterarse de que su cabeza chocaba contra el suelo de la estancia.

CAPÍTULO III

Las ondas de luz negra que envolvían la mente de Stefan fueron clarificándose lentamente, hasta convertirse en un disco de deslumbrante blancura, que luego se transformó en un rostro por él conocido.

Las manos de Moyna le sacudieron por los hombros.

—¡Stefan, Stefan! —oyó gritar—, ¿Te encuentras bien?

El joven se incorporó con penoso esfuerzo.

—Sí, pero... ¡diablos!, creí morir. ¿Qué me ha sucedido?

—Has salvado la vida por milagro, Stefan. El asesino aprovechó el

momento de la comunicación contigo para lanzarte a través de los transmisores una descarga de electrones puros a máxima tensión.

Stefan silbó suavemente.

—¡Gran Galaxia! Estuvo a punto de matarme.

—Y lo hubiera conseguido, sin duda, de no haber sido por la señora Parthum.

—¡Simpática señora! Tendré que ir a darle las gracias —dijo Stefan.

Pero la muchacha meneó la cabeza de un lado a otro tristemente.

—La señora Parthum no se encuentra en situación de recibir el agradecimiento de nadie. Fue su curiosidad la que la mató.

—¿Cómo dices? —se extrañó el joven.

—Lo que oyes. Quiso saber con quién y de qué tenías que hablar, y dejó su visoplaca conectada por un ramal secundario. Por ahí se fue toda la fuerza de la descarga electrónica, que la convirtió en carbón instantáneamente. Lo que recibiste tú no fue más que un débil reflejo, apenas suficiente para hacerte perder el conocimiento.

Stefan se estremeció al oír las palabras de la joven, cuyo largo cabello rubio-blanco estaba ahora recogido, muy tirante, en la nuca.

—¿Cómo lo supiste tú, Moyna?

—La descarga destrozó todos los visófonos, incluso el mío. Salí fuera a ver de qué se trataba y entonces oí el jaleo en la centralilla de comunicación, provocado por quienes habían acudido a socorrer a la señora Parthum. ¡No sabes cuánto me alegro de que no te haya sucedido nada, Stefan!

El joven se pasó una mano por la frente.

—Gracias, Moyna —dijo—. Pero te voy a pedir un favor. ¿Se ha enterado alguien más de lo que me ha sucedido?

—No, que yo sepa. Al oír el barullo, corrí hacía tu habitación, viéndote en el suelo. Al principio, te creí muerto y... y...

—Afortunadamente, no ha sido así, Moyna. Mejor para todos. No digas a nadie lo que me ha ocurrido, ¿quieres?

—Sí, pero ¿qué piensas hacer, Stefan?

El joven se puso en pie, ayudado por la muchacha. Sintió algunos mareos, que se le pasaron pronto, y luego se fue hacia la bolsa en que guardaba sus pertenencias, de la cual extrajo un monumental revólver de pólvora, muy anticuado, pero terriblemente eficaz, en cuyo cañón se veía la gruesa protuberancia de un silenciador absoluto.

—Voy a ver a Lagos. Estaba con el asesino, ¿sabes?

—¡No, Stefan!

—Sí —mordió éste las palabras—. Fue una visión de apenas una décima de segundo, pero suficiente, sin embargo, para verle el rostro. Supongo que, a estas horas, el asesino ya se habrá ido de Carinthia. Sin embargo, Lagos podrá decirme algo de él.

—Yo iré contigo, Stefan.

—Es demasiado peligroso para ti, Moyna.

—¿Olvidas que la venganza también es mía, Stefan? —dijo ella orgullosamente.

Ei joven se encogió de hombros. Revisó la pistola, que luego volvió a meter en la bolsa. Se la colgó, al mismo tiempo que echaba a andar hacia la puerta. Sin una sola palabra, Moyna le siguió.

En la centralita había un grupo de gente comentando el incidente. Pero, muerto el único testigo que hubiera podido dar algo de luz sobre el asunto, nadie molestó a Stefan, el cual, acompañado de la muchacha, salió del hotel, dirigiéndose hacia el «La Bella y el Átomo», con intención de interrogar a Lagos. La excitación del momento le había hecho olvidarse totalmente de su sueño y su cansancio.

Ekozion era, como todos los planetas colonizados por los terrestres, un mundo muy parecido a la Tierra, con la mayoría de las características de ésta. Por lo tanto, a aquellas horas, Vega, el sol que proporcionaba la luz a Ekozion, se había ocultado tras el horizonte, y la iluminación artificial abundante, borraba las sombras que podía haber en la noche de aquella ciudad en pleno auge de crecimiento y expansión.

«La Bella y el Átomo» estaba muy concurrido a aquellas horas. Hombres de todas las razas de la Galaxia se agolpaban en el mostrador, consumiendo ávidamente el licor que allí se expendía, sin importarles que fuera una alcohólica imitación del terrestre, y

gritando y vociferando intensamente, desquitándose en unos minutos de las fatigas y privaciones que pasaban durante el día.

Las mesas estaban también ocupadas y, a falta de tablado, una enorme pantalla televisora daba las últimas novedades en materia de bailes y canciones, interpretadas en color y relieve por las mejores figuras artísticas del momento, femeninas, por supuesto. Pero casi nadie miraba a la pantalla, pues la mayoría de los concurrentes estaban ocupados con sus propias diversiones. Unas cuantas muchachas, de rostro pintarrajeado con todos los colores del arco iris, pululaban por entre las mesas, incitando a la clientela a estropearse el hígado con el alcohol falsificado que allí se expendía, con lo cual el cuadro, quedaba completado.

Stefan abrió la puerta con ambas manos, quedándose bajo el dintel: Sus agudos ojos recorrieron el interior del salón, escrutando en busca de su dueño. Alguien le reconoció y lanzó un grito de alborozo.

—¡Muchachos, es Stefan! ¡El «Trovador de la Galaxia»

Cuatro o cinco chicas se le arrojaron encima, parloteando excitadamente, seguidas por una docena de hombres de rostros sudorosos y enrojecidos por las libaciones. .

—¡Cántanos una canción, Stefan!

—Sí, queremos oírte.

—Vamos, no te hagas de rogar; tú cantas para todo el mundo.

—Tenemos dinero; harás una buena colecta.

Impasible, hierático, el joven extendió las manos, ensanchando un poco el círculo de personas que le rodeaba.

—Ahora no, lo siento —dijo—. Ando buscando a un hombre.

—Ya lo sabemos, Stefan —gritó una voz—. ¿Se encuentra aquí?

—En cierto modo, sí.

—¿Quién es? Dínoslo y te lo serviremos en bandeja.

—Gracias, amigos; pero los pasteles que como me los hago yo mismo. Es el dueño del local, Rynn Lagos.

—¡Rynn Lagos!

A la exclamación sucedió un silencio absoluto. Los concurrentes se miraron unos a otros, hasta que, al fin, alguien volvió a gritar.

—¡Lagos, sal aquí!

—¡No te escondas, da la cara!

La escandalera sólo cesó cuando el dueño del local se hizo visible. Apareció muy erguido, caminando con paso fuerte, con las manos metidas en el cinturón, del que pendía una gruesa pistola. Pero era evidente que, lo hacía por darse ánimos a sí mismo.

—¿Qué quieres, Stefan? Aquí me tienes.

—Demasiado lo sabes, Lagos. Hace unos momentos estabas acompañando a un hombre. ¿Dónde se encuentra ahora?

—¡Mientes, Stefan! No me he movido del salón en todo el tiempo, desde que os dejé a esa sucia mestiza y a ti a la puerta del restaurante.

—Sería muy fácil probar que el mentiroso eres tú, Lagos. Pero te voy a dar una oportunidad. Dime dónde se ha ido ese hombre y olvidaré que fuiste su cómplice.

—¿Y si no quiero? —aulló Lagos.

—En tal caso, ¡te mataré como a un perro!

La gente se dispersó, dejando solos a los dos contendientes. Lagos, lívido, retrocedió unos pasos, como buscando una mejor posición para disparar.

—Vete de aquí, Stefan. Vete con esa mestiza, y olvidaré que...

—Por última vez, Lagos: ¡contesta a mi pregunta!

Una mueca de furor torció las facciones del hombre. Echó mano a la pistola, al mismo tiempo que decía:

—La respuesta es: ¡No!

Pero no tuvo tiempo de desenfundar el arma siquiera. Stefan había metido la mano en su bolsa y, sin sacar el revólver, disparó a través de la tela de plástico.

No se oyó ningún ruido, pues el silenciador apagó la detonación del arma, de modo que únicamente pareció como si alguien hubiera

soplado la llama de una vela. Lagos se estremeció y, doblando las rodillas, se venció hacia adelante.

Sin embargo, todavía alentaba. Stefan se arrodilló junto a él, volviéndole cara arriba.

—Lagos, te estás muriendo —dijo con glacial acento—. ¿Dónde se fue?

Los ojos del agonizante le miraron con una última expresión de odio.

—¡Vete al infier…!

Lagos calló de pronto, torciendo la cabeza a un lado. Pesaroso, Stefan se puso en pie, quedando unos momentos en tal actitud, en medio del silencio de la concurrencia. En el estéreo, una cantante se desgañitaba, sin que nadie la hiciera el menor caso.

Al fin, Stefan dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Al llegar allí, sus ojos tropezaron con los de la muchacha. Se estremeció.

—No debías haber venido, Moyna —dijo.

—Es igual —repuso ella, dominándose—. No importa. Vámonos, Stefan.

Los dos jóvenes salieron a la calle y se encaminaron lentamente, sin hablar, al hotel, en donde, sin más incidencias, descansaron, sin que nadie les interrogara acerca de la muerte de la comunicadora.

Al día siguiente, Stefan abonó la cuenta y se dispuso a salir. Moyna pareció surgir del suelo, a su lado.

—¿Dónde vas, Stefan?

—Al astropuerto —fue la respuesta del joven—. Allí podrán decirme si el asesino ha huido.

—Pero no saben su nombre, Stefan.

—Yo lo sabré, no te preocupes, Moyna.

—Está bien; iré contigo.

Stefan no quiso insistir más. Se colgó la guitarra a la espalda, y salió a la calle, guiñando los ojos ante el violento resplandor de Vega en su amanecida. Ya había empezado la jornada de trabajo en Carinthia, y la actividad era frenética, enloquecedora.

Antes de buscar un helicóptero de alquiler, que los llevara al espaciopuerto, Stefan advirtió que no tenía tabaco. Buscó con la vista algún lugar donde adquirirlo, no tardando en hallarlo.

Penetró, seguido de Moyna, en el almacén donde se vendía de todo. Pidió unos cuantos paquetes de cigarrillos, y ya se disponía a salir, cuando, de pronto, un nombre pronunciado no muy lejos de allí, llamó su atención.

Uno de los dependientes estaba despidiendo a un comprador.

—Hasta la vista, señor Packer —decía el empleado.

Stefan aguzó el oído. ¡Packer!

El nombre retumbó en su mente con la fuerza de una explosión nuclear. ¡Packer! ¡Uno de los ocho hombres muertos en Fuerte del Frío!

Sin vacilar se acercó al hombre, una vez hubo éste salido de la tienda.

—Perdone usted, amigo, pero... creí oír que le llamaban Packer.

El hombre le miró especulativamente.

—Así es, Stefan; tal es mi nombre. ¿Supongo que no me habré equivocado al llamarle de esa manera?

—No, soy el mismo —concedió el joven—Desearía hacerle unas preguntas.

—Ahí cerca hay un bar, Stefan. ¿Por qué no me las hace delante de una copa?

—A su gusto, amigo Packer. ¿Vamos, Moyna?

—¿La chica... viene con usted? —preguntó Packer de pronto, mirándola de soslayo.

—¿No le gustan las mestizas rigelianas, eh, Packer?

El hombre torció la boca.

—No, si he de serle franco, Stefan. Pero, si va con usted, supongo que eso es cuenta suya. Está bien, vamos a ver cómo sabe el licor en «Los Canales de Marte».

Unos minutos después, sentados ante una mesa, en la que sólo había dos copas, Stefan hacía su primera pregunta.

—Packer, yo conocí a una persona que se apellidaba como usted. Su nombre de pila era Moshe.

—Era mi hermano —contestó Packer lacónicamente.

—Entonces, ya sabe cómo murió, ¿no?

—Sí, en Fuerte del Frío. Las autoridades me comunicaron su muerte hace doce años.

—¿Ya sabe que murió asesinado?

De los ojos de Packer brotó una chispa de interés, demasiado leve para ser natural. Stefan no dejó de percatarse del detalle, y lo archivo cuidadosamente en su memoria.

—No, no lo sabía, pero era lógico que Moshe acabara así, Stefan. Si me hubiera hecho caso, ahora estaría aquí, en Carinthia, y... oiga, ¿qué se propone usted con resucitar aquello?

—Busco al hombre que mató a los que estaban en Fuerte del Frío, ¿no lo sabe, Packer? Había once hombres en Fuerte del Frío, un puesto instalado para la transmisión de mensajes planetarios y galácticos en Amaltea. Nueve murieron asesinados, y dos se salvaron: el criminal y yo.

—¿Y qué? ¿Qué puedo hacer yo ahora? No puedo buscar al asesino; tengo aquí mi trabajo, mi mujer, mis hijos...

Stefan sacudió la cabeza.

—No pretendo eso de usted, Packer. Sólo quiero pedirle una cosa.

—Diga —laconizó el hombre.

—Su hermano era muy amigo de otro de los muertos: Pedro Álvarez.

—Sí, lo recuerdo,

—Y Pedro Álvarez, a su vez, era muy amigo del asesino.

—Eso ya no lo recuerdo tanto.

—No importa. Quiero saber si usted recuerda dónde vive la familia de

Álvarez. A raíz de aquello desapareció de la Tierra y no he vuelto nunca a saber de ellos. Salvo por el detalle de no querer venirse a Carinthia, Moshe y usted estaban muy unidos, y no se ocultaban nada el uno al otro.

—Es posible, Stefan.

—Bien—prosiguió el joven—. ¿Qué sabe usted de la familia de Álvarez?

Hubo una leve pausa de silencio, durante la cual Packer miró fijamente a su interlocutor.

—Nada —contestó secamente el colonizador, al fin.

El joven trató de contenerse.

—¿Está seguro, Packer?

—Le he dicho que no sé nada de la familia de Pedro Álvarez. Si me cree o no, ¡allá usted, Stefan!

Éste respiró hondamente.

—Quisiera creer lo que me dice, Packer.

El aludido se puso en pie, arrojando un billete sobre la mesa.

—No tengo ya nada más que decirle, Stefan. Siento que haya perdido el tiempo conmigo. ¡Buenos días!

El colonizador se dirigió hacia la puerta, pero cuando ya llegaba a ella le alcanzó la seca voz de Stefan.

—¡Espere un momento, Packer!

—¿Qué rayos quiere más de mí, Stefan? ¿No le he dicho que no sé na...?

Stefan se le acercó, caminando muy lentamente.

—Packer, dígame una cosa con absoluta sinceridad. No me ofenderé por ello, pues harto sé cuán dura es la vida en Carinthia y el elevado precio de las cosas. ¿Cuánto, le han pagado por ignorar el paradero de la familia Álvarez?

El colonizador enrojeció violentamente, como si fuera a estallar, pero

no dijo nada. Dio bruscamente media vuelta y salió del bar con precipitados pasos.

Moyna tomó el brazo del joven.

—¿Estás segura de que Packer sabe algo, Stefan?

El trovador se frotó pensativamente la mandíbula.

—Hay algo que quiero casi tanto como a mi propia vida, y es la guitarra. Pues bien, ¡la apostaría con la seguridad de ganar, si supiese que Packer iba a decirme toda la verdad, que él sabe y calla!

—Oh, Stefan —murmuró la muchacha, y no dijo más.

En el astropuerto, el joven se enteró de las últimas salidas de las astronaves, tomando nota de ellas, y haciendo cálculos mentales acerca de cuál de ellas podría haber tomado el asesino, o bien, y esto era lo más probable, ser la suya propia. Meditó un largo rato, y antes de que hubiera podido llegar a una conclusión, un hombre con los tres galones de segundo astropiloto en las hombreras de un uniforma azul obscuro, se le acercó, saludándole correctamente.

—¿Stefan? —dijo.

El joven se volvió.

—Sí, el mismo.

—Permítame que me presente, Stefan. Primer teniente de astronáutica Yuri Iponov, segundo de a bordo de la «Anaconda». El capitán Lynton me encarga le presente sus respetos y le ofrece una cámara en la nave, en el supuesto de que usted tenga intenciones de trasladarse a algún lugar próximo a Formalhaut, de Pez del Sur.

Stefan accedió, tras breve reflexión. Altair casi le cogía de camino y, puesto que el capitán Lynton prometía ser tan amable, le pediría desembarcar en Diuhaut. Una súbita idea acababa de ocurrírsele, y quería ponerla en práctica inmediatamente.

Nunca le había pedido nada a Bashur, pero ahora lo haría. Si el asesino había sobornado a Packer, de modo que éste olvidara la muerte de su hermano, él lo inundaría de soles-moneda pues volvería de Diuhaut cargado de diamantes irisados, que le harían rectificar su anterior actitud. Sí, eso es lo que iba a hacer, con toda la rapidez que pudiera.

Levantó la vista y miró al segundo Iponov.

—Dígale al capitán Lynton que estimo en mucho su ofrecimiento, y que dentro de unos momentos podré expresarle mi agradecimiento en persona, teniente.

—La «Anaconda» está a su disposición, Stefan. Encantado de haberle conocido.

Iponov volvió a saludar y se retiró. En la tienda del astropuerto, Stefan hizo sus últimas compras, de las que participó Moyna, y luego se encaminó hacia la espacionave.

Diez minutos más tarde conocía al capitán Lynton, llevándose una de las mayores sorpresas de su vida. Pues el comandante de la «Anaconda» era nada menos que una mujer, una joven y bellísima mujer de raza terrestre.

CAPÍTULO IV

Stefan concluyó su canción con un par de melancólicos rasgueos de su instrumento, y luego, con él aún en las manos, miró a la mujer que, reclinada en un cómodo sillón, estaba situada enfrente, a dos o tres metros de distancia.

Beatriz Lynton era alta, esbelta, de formas exquisitas, con ojos negros y el cabello del mismo color, contrastando con la blancura de su tez, blancura no debida en forma alguna a

falta de glóbulos rojos, sino por natural constitución, y vestía el uniforme de servicio de los capitanes de astronave: botas negras, de media caña apenas, y blusa y pantalones azul obscuro, llevando en las hombreras las cuatro barras doradas, distintivo de su categoría.

Beatriz tendría unos veintisiete años, y para un atento observador no pasaba por alto, en medio de su innegable belleza, la energía de su carácter.

Sus blanquísimos dientes brillaron al aparecer entre sus labios de color escarlata.

—¡Maravilloso, Stefan! ¡Ma-ra-vi-llo-so!

—Me halaga usted, capitán —dijo el joven.

—Por favor —dijo ella, juntando sus manos, largas, aristocráticas, rematadas en diez afiladas uñas de color rojo violeta—, no me llame así. Llámeme...

Beatriz se interrumpió, levantándose con la elástica facilidad de un gato. Fue hacia una mesita adosada a la pared y dio media vuelta a un interruptor. Quedó allí apoyada, mirando sonriente al trovador.

—Así nadie escuchará lo que hablemos, Stefan —dijo, sonriente, satisfecha de sí misma y de su belleza—. No quise que la tripulación se privara de oírle cantar, pero el diálogo que ha de ser sostenido a continuación, no nos interesa más que a los dos.

El joven hizo un gesto de aquiescencia. Ella tomó dos cigarrillos, que encendió y alargó uno a su huésped.

—Fume, Stefan; están hechos especialmente para el capitán de la «Anaconda».

Stefan no hizo ninguna observación. Permaneció callado, aspirando y espirando el humo, sin quitar la vista de su anfitriona. Ésta, tras unas cuantas chupadas al cigarrillo, continuó:

—No me llame capitán, Stefan; usted no pertenece a la tripulación.

—Pero sí al pasaje, Beatriz.

—Usted no es ningún pasajero, sino mí invitado, Stefan.

—Gracias otra vez, Beatriz.

—No me las dé —dijo ella, de nuevo sentada en su sillón, con las largas y esbeltas piernas sobre uno de los brazos. Expulsó un anillo de humo y miró oblicuamente al joven—. Le invité por egoísmo, Stefan.

—¿Sí? ¿Acaso quería oírme cantar?

Beatriz agitó una mano.

—En parte sí, aunque esto es cosa que se puede remediar con una cinta visofónica. Pero el interés mayor estribaba en conocerle a usted personalmente.

—Lo cual podía haber sido logrado con una simple presentación, Beatriz.

—En una presentación formularla no se puede hablar de muchas cosas, Stefan.

—¿Muchas cosas? —se extrañó él. Acto seguido inquirió—: ¿Por ejemplo?

Beatriz inhaló la última bocanada de humo, arrojando la colilla a un aspirador de aire, que la arrastró inmediatamente a un tubo de donde sería conducida, por un colector general, al expulsor de desperdicios de la nave.

Luego se encaró con el joven y habló, ya sin rodeos.

—Stefan, he oído hablar mucho de usted y de su pretendida venganza.

—No he hecho ningún secreto de ello, Beatriz —contestó él serenamente, sin dejar traslucir en su impasible rostro el impacto de la pregunta—. Toda la Galaxia sabe mis propósitos.

—¿Y no encontró todavía a su hombre?

—Se hubiera sabido ya en toda la Galaxia, Beatriz.

—¿Y cuándo lo halle? —Insistió la joven.

—La pregunta es ociosa: ¡lo mataré!

—¿Por qué? ¿Qué motivos le impulsan a perseguir tan enconadamente a un hombre durante doce años, Stefan?

—Mató a nueve personas, por codicia y ambición, y si yo estoy vivo es en contra de su voluntad, Beatriz. No busco la venganza por mí, sino por los que murieron a sus manos.

—Pero, para ello hay una justicia, Stefan…

—Que dio por cancelado el asunto al no saber el nombre del asesino.

—¿Y usted lo sabe?

—Sí, porque estaba allí, Beatriz.

La joven calló unos segundos; después, continuó con sus preguntas.

—Es extraño que la Policía del Espacio no sepa el nombre del asesino. ¿Cómo se lo explica usted, Stefan?

—La Policía sabe el nombre de las once personas que estaban en Fuerte del Frío, Beatriz. Sabe también, que sobrevivieron dos, pero ignora sus nombres.

—¿Quiere decir que la Policía no sabe ni el suyo propio, Stefan? —se extrañó Beatriz.

—Así es, por raro que pueda parecerle —dijo él, fríamente, sin cambiar de expresión—. Éramos, como ya he mencionado, once. Nueve murieron carbonizados por una colosal descarga de electrones puros a máxima tensión; yo pude salvar la vida milagrosamente..., y el asesino huyó, con el botín.

Un estremecimiento sacudió la epidermis de la joven.

—¡Nueve muertos de un total de once! —murmuró, como hablando consigo misma.

—Exactamente. Y si quiere más detalles, le daré los once nombres. Ted Farquhart, «Bonanza» Ríos, Abel Cheramy, Jean-Joseph Dumont, Werner Krau- se, Joe Forrester, Mosha Packer, Pedro Álvarez, Ngo Diem Dienh, Calvin Mac Murdo y un altairiano llamado Kr'aash. Nueve muertos y dos vivos. De éstos, un asesino y uno que trata de ser el vengador de los anteriores.

—¿Y cuál de ellos es usted?

—Uno de los once, Beatriz —respondió él glacialmente, acariciando muy suavemente las cuerdas del instrumento.

—Pero —dijo ella, un tanto chasqueada—, sin duda tendrá usted nombre, ¿no es así?

—Stefan —contestó el joven.

—Ese no es su nombre —exclamó Beatriz, despechada—. Además, aunque los cadáveres de los nueve muertos estuvieran irreconocibles, la Policía debe saber sin duda el nombre de los otros dos, Stefan. El suyo... y el del asesino.

—Ése sólo lo sé yo.

—¿Y cómo?

—Porque me percaté de sus intenciones unos segundos antes de que diera el golpe, sin tiempo ya para remediarlo.

—Pero la Policía del Espacio podría identificarlo, Stefan.

—No.

—¿Por qué?

—Me niego a contestar a ello, Beatriz. Quiero mantener mi nombre en el más absoluto secreto. Y el del asesino, también.

La mujer se levantó y dio unos cuantos pasos, muy nerviosa, por la cámara. Luego se detuvo frente al joven.

—¿Y no ha pensado nunca en desistir de su venganza, Stefan? ¿No se ha sentido fatigado alguna vez?

—El recuerdo de nueve cuerpos convertidos en carbón, me lo impide, Beatriz.

Ella estalló:

—¡Eso es estúpido, Stefan! ¡Es una actitud la suya absurda, irrazonable! No estamos ahora en tiempos de *vendettas* ni…

—Tampoco deberíamos estar en tiempos de asesinatos por codicia, y ya ve usted, se siguen cometiendo.

Stefan se puso en pie.

—Lo siento —dijo—. Nunca debí haber contestado a sus preguntas, Beatriz.

Ella sonrió débilmente.

—La culpa fue mía, Stefan.

El joven se dirigió hacia la puerta, pero cuando ya alcanzaba el pomo, la voz del capitán de la nave le hizo detenerse.

—¡Stefan!

—Diga, Beatriz.

—No le he visto sonreír ni una sola vez desde que está a bordo, Stefan. ¿Por qué…? Oh, no, no me diga que se acuerda de sus nueve

compañeros muertos en Amaltea. Está bien —Beatriz sonrió, variando de tema—; vuelva por aquí siempre que quiera, Stefan.

El joven se inclinó levemente.

—Lo haré con mucho gusto, Beatriz.

En la puerta de la cámara del capitán, Stefan se detuvo unos segundos, con el ceño fruncido, preguntándose cómo habría llegado una mujer tan bella y atractiva, además de joven, como era Beatriz Lynton, a alcanzar un puesto de tanta responsabilidad como era el comando de la nave «Anaconda», un aparato de alto bordo, capaz de cargar miles de toneladas, además de tener espacio suficiente para dos centenares de pasajeros y la dotación necesaria para su manejo. Pero, no hallando una explicación satisfactoria al asunto, y puesto que éste, además no era de su incumbencia, acabó por encogerse de hombros y continuar su camino, en dirección al bar de pasajeros, con ánimos de tomarse un refresco.

En el trayecto hubo de soportar un sinnúmero de felicitaciones y palmadas en la espalda, a las cuales contestó con amabilidad, pero siempre serio. El interior de la nave estelar era grandísimo, y el espacio, aunque medido, sobraba.

Halló a Moyna sentada a una mesa, frente a una alta copa de vidrio plástico, mediada de un licor ambarino del que emergían algunas burbujas. La muchacha sonrió al verle, y luego se justificó.

—Es champaña, Stefan.

—Lo celebro, Moyna —dijo él, sentándose a su lado.

La muchacha le escanció el espumoso vino en otra copa.

—No lo había probado hasta ahora, Stefan, pero me tendrás que dispensar. Es tan bueno, ¿sabes?, y tan distinto de nuestro áspero vino rigeliano.

Stefan tomó un sorbo del licor, sin mover un músculo de su rostro.

—Yo no te he dicho nada, Moyna. Ya sé que el champaña, y más a bordo de una espacionave, es carísimo, pero puedes permitirte estos lujos y aún más, ¿comprendes? Para mí, es suficiente con que seas la hija de Joe Forrester para...

—Oh, no, Stefan. Si no me costó nada. Me invitaron.

El joven frunció las cejas, con aire, más que enojado, suspicaz.

—¿Quién, Moyna?

La muchacha no pudo contestar. Alguien lo hizo por ella.

—Yo, Stefan.

El joven se volvió en la silla, mirando hacia arriba a la persona que le hablaba. Era un hombre de mediana estatura y aspecto corriente, a no ser por unos prominentes pómulos y ojos ligeramente oblicuos que hablaban de sangre oriental entre sus ascendientes.

—Permítame que me presente, Stefan. Me llamo Kahio Shimusara y voy de Vega a Altair por negocios.

—¿Negocios?

—Así es —sonrió el oriental—. ¿Permiten? —y se sentó al lado de la pareja sin más. Agitó una mano y vino un camarero, al que pidió otra botella de espumoso. Luego continuó—: Stefan, sé de su amistad con el rey Bashur y sé también que éste le dará a usted lo que no le daría a uno de sus propios hijos.

—¿Y bien?

—Mire —dijo Shimusara, jugueteando con el tallo de su copa—, no soy hombre a quien le guste andarse con rodeos, y por ello seré franco con usted.

—Adelante, pues —dijo Stefan apaciblemente.

Shimusara sonrió.

—Ya sé que sería mucho pedirle, Stefan, que Bashur me vendiera unos cuantos diamantes irisados. No, ni siquiera uno para regalárselo a mi mujer pretendo. Lo que quiero es mucho más sencillo.

—¿De qué se trata, señor Shimusara?

—Ya le mencioné antes los negocios, Stefan. Quisiera establecerme en Diuhaut y, puesto que usted es tan amigo del rey Bashur...

Stefan se puso en pie.

—Lo siento, señor Shimusara, pero no cuente usted conmigo para eso. ¡Vámonos, Moyna!

—Sí, Stefan —dijo la chica mansamente.

Los orientales no son muy propensos a dejar traslucir sus emociones internas, pero en aquella ocasión, Shimusara se puso tan rojo como una amapola.

—¡Escúcheme, Stefan! No me ha dejado hablar ni exponerle mi proposición. Si usted consiguiera de Bashur…

—Vaya usted a verle en persona, Shimusara. De mí no espere nada de lo que acaba de decirme —contestó fríamente el joven.

—¡Le daré el cincuenta por ciento de los beneficios que obtengamos, Stefan! —chilló el oriental, desesperado.

—Guárdeselo para usted; yo no los necesito. Y sepa de una vez, que no me gusta emplear la amistad para ciertas cosas que no huelen precisamente a limpio, ¿me ha entendido?

Moyna ahogó una exclamación de asombro. Shimusara enrojeció aún más.

- ¡Me está insultando, Stefan! Abusa de su amistad con el capitán Lynton para…

—Tómeselo como quiera. Yo ya le di mi respuesta. ¡Ah!, y muchas gracias por el champaña; *casi* parecía terrestre.

Shimusara apretó los puños de rabia, en el momento en que el altavoz del bar dejaba oír una voz metálica, procedente del oficial astronáutico de guardia, que daba la posición dé la nave.

«—… y en este momento, señoras y caballeros, estamos pasando a la altura de la Nebulosa anular de la Lira, número cincuenta y siete del catálogo de Messier, un objeto celeste infinitamente bello, cuya imagen, prodigiosamente ampliada, proyectamos ahora en el estéreo para mayor facilidad de…»

De pronto se cortó la transmisión, y la imagen de aquel anillo incandescente, flotando en el espacio, de un diámetro de 5'3' A/L, se esfumó. La pantalla permaneció opaca, pero el megáfono volvió a resonar.

—¡Atención, atención, «Anaconda»! ¡Aquí espacionave «Leverrier» solicitando permiso para abarloar a vuestro costado!

Hubo un leve cuchicheo, como si el oficial de guardia hablara con el capitán. Al fin se oyó la irritada voz de Beatriz.

—Lo siento; no puede ser. Llevamos una velocidad de 7 «parsecs»[1] a la hora y el corregir el rumbo me consumiría demasiada energía y pérdida de tiempo.

—Le rogamos atienda nuestra petición, capitán Lynton.

Se oyó una ahogada exclamación de asombro, procedente de la garganta de Beatriz.

—¿Cómo sabe usted mi nombre, capitán de la «Leverrier»?

—Eso no le importa, capitán Lynton —rio alguien a muchísimos millones de distancia—. Vamos, ¿nos deja abarloar a su costado o…?

—¿Debo entender que sus palabras encierran una amenaza, señor mío?

—Tómelo como quiera, capitán; pero le sugiero recuerde lleva doscientos setenta y tres pasajeros a bordo, además de ochenta y seis tripulantes. Esto, sin contar con su linda personita, capitán.

—Está Usted muy bien enterado de las interioridades de mi nave.

Una fuerte carcajada resonó en el altavoz.

—¡Y de muchas más cosas, preciosa! Vamos—la voz del desconocido se tornó repentinamente áspera—, ¿accede a mi petición o tendré que tomar mis medidas, capitán Lynton?

—Va a escuchar mi respuesta, señor desconocido. Ponga mucha atención —contestó fríamente la muchacha—. ¡Sala de máquinas, avante toda!

Un atroz juramento se oyó al instante. Beatriz, imperturbable, continuó dando órdenes.

—Dispositivo de antiaceleración, a carga máxima. Acumuladores de energía, a toda presión.

Pero, de repente, un terrible trueno hirió los tímpanos de cuantos ocupaban la «Anaconda», al mismo tiempo que la nave se bamboleaba de un modo alarmante.

—¡Capitán Lynton!—gritó el asaltante—. ¡Párese o de lo contrario

destruiré su nave! No le queremos hacer daño a usted ni a ninguno de cuantos viajan en la «Anaconda». Déjenos hacer lo que le pedí, y podré demostrárselo con hechos.

No se oyó ninguna respuesta, salvo, allá abajo, en las entrañas del navío espacial, el sordo runrún de las máquinas, forzadas al máximo.

Súbitamente, un segundo estallido conmovió la nave fragorosamente. Crujidos de metal destrozado llegaron claramente a oídos de Stefan, quien, de pronto, se inclinó al oído de la chica.

—¡Aguárdame aquí y no te muevas por nada del mundo, Moyna! ¡Oigas lo que oigas no hagas caso!

Ésta asintió con la alarma reflejada en el rostro, al mismo tiempo que el joven se lanzaba con ímpetu hacia la puerta del bar. Pero en el momento en que iba a traspasar el umbral, alguien con una pistola electrónica surgió ante él, sonriendo mefistofélicamente.

—Stefan, levante las manos y no dé un solo paso si quiere seguir viviendo —dijo Kahio Shimusara.

CAPÍTULO V

El tercer torpedo fue el definitivo, y Beatriz se rindió sin más condiciones. Así lo manifestó a través de la radio, pero artes de que lo dijera, ocurrieron varías cosas.

Una de ellas fue el grito que Moyna no pudo contener al ver a Shimusara apuntando con su pistola electrónica a Stefan. La ancha boca del arma apuntaba rectamente al pecho del joven, y bastaba sólo una leve presión para convertirlo en un momento, en una irreconocible masa dé carbón.

—No se mueva, Stefan —repitió el oriental—, y no le ocurrirá daño alguno. El capitán de la «Leverrier» busca a una persona a bordo de esta nave, y esa persona es usted, Stefan.

El trovador no dijo nada. Habla sido sorprendido por la inesperada actitud de Shimusara y comprendía que intentar abalanzarse contra él era lo mismo que suicidarse. Aunque, por otra parte, demasiado sabía quién podía ser el desconocido capitán de la «Leverrier» y lo que de él pretendía.

Pero en aquel momento, cuando todos los asistentes al bar contemplaban estupefactos la escena, cuando Moyna vacilaba entre permanecer quieta o acudir en socorro de Stefan, desafiando temerariamente a la muerte, la «Leverrier» disparó su tercer torpedo de intimidación.

En el exterior, algunas planchas se convirtieron en nuevos aerolitos al ser desgajadas del casco por la violencia de la explosión. Ésta conmovió al navío, y todos sus ocupantes fueron zarandeados brutalmente de un lado a otro, antes de que pudieran recuperar el equilibrio perdido momentáneamente.

Naturalmente, Shimusara y Stefan no podían ser una excepción. Pero el joven se recuperó antes y, sin dar tiempo al oriental a buscar nuevamente la vertical, disparó su puño derecho con toda la fuerza de que era capaz.

El terrorífico golpe alcanzó a Shimusara en el mentón, levantándolo en el aire. Stefan, sin preocuparse más de él, lo echó a un lado y salió

corriendo de aquel lugar.

Moyna gritó, llamándole, pero no pudo salir tras él. Cuando ya llegaba a la puerta del bar, vio que Shimusara trataba de- incorporarse, todavía medio atontado por los efectos del fenomenal puñetazo que Stefan le habla atizado.

Dada la escasa gravedad que reinaba en el interior de la «Anaconda», la pistola electrónica todavía se encontraba en el aire, sin haber llegado al suelo. Moyna y Shimusara la vieron y los dos a una se abalanzaron hacia el arma.

Pero la muchacha fue más rápida y cogió la pistola, golpeando con ella duramente la mano del oriental. Shimusara lanzó un aullido de dolor y retrocedió un par de pasos, mirándola airadamente.

—Debiera matarle como a un perro —dijo ella, con concentrados acentos de odio—. Pero supongo que Stefan tendrá gusto en interrogarle después que haya pasado todo esto y por eso le dejo vivir.

Recuperado, Shimusara dejó que una fría sonrisa de desdén asomara a su amarillento rostro.

—No habrá «después», bonita —dijo —. Los de la «Leverrier» registrarán la nave de arriba abajo y, descuide, no se irán de vacío, Stefan les acompañará.

La muchacha acusó el impacto. Pero su mano no se movió.

—En el momento que sepa que causan el menor daño a Stefan, le mataré como a un perro, Shimusara.

—¿Cree que con ello impedirá que mis amigos se lleven a Stefan?

—Por lo menos, procuraré que usted no lo vea.

—¿Y qué piensa que harán después con usted?

Moyna sonrió.

—Para usted no habrá «después», Shimusara—y volvió a sonreír, pues vio aparecer numerosas gotas de sudor en el rostro de su interlocutor.

Luego guardó silencio, y la pareja quedó inmóvil, en el mismo sitio, dejando pasar el tiempo, que transcurrió lentamente. Ninguno de los que allí cerca estaba se atrevió a intervenir, y así llegó el momento en que por las cuatro esclusas de la «Anaconda» hicieron su aparición

sendos pelotones de hombres armados hasta los dientes.

Uno de los asaltantes se fijó en la actitud de la joven. Levantó su pistola, pero Moyna se le adelantó. Oprimió el disparador y un rayo de luz blan- coazulada, que más parecía una barra de metal, atravesó el espació. Al instante, el cuerpo del hombre se retorció espantosamente, en tanto que espesas volutas de humo se elevaban a lo alto. Carbonizado por la descarga, el forajido se derrumbó al suelo.

Pero Shimusara no desaprovechó la ocasión. Por una décima de segundo, los ojos de Moyna habían descuidado la vigilancia, y ello fue suficiente para el oriental, quien repitió con la muchacha la labor que el trovador hiciera antes con él. Los largos cabellos de Moyna brillaron un segundo al ser violentamente agitados, y luego, la joven relajó sus músculos, completamente inconsciente

Hecho esto, Shimusara se asomó a la barandilla que separaba la cubierta de paseo, donde se encontraban, de la de acceso a las cámaras. Gritó:

—¡Búsquenlo por todas partes! ¡Se ha escondido!

Los asaltantes se esparcieron por el interior de la «Anaconda», y en tanto una parte de ellos se entregaban a una frenética búsqueda, los demás contenían a la tripulación y pasaje, disuadiéndolos, con sus armas, de una posible rebeldía que solamente funestos resultados podría tener para ellos. Shimusara tomó en sus brazos el desvanecido cuerpo de la muchacha, en el momento en que dos forajidos aparecían en la puerta del bar, y luego, cargado con ella, se dirigió hacia la cámara de mando.

Allí había un hombre de aventajada estatura, inmovilizando con una pistola electrónica a Beatriz y sus oficiales, los cuales se hallaban en un rincón, inermes, ella impasible, los otros tascando el freno ante el ultraje de que eran objeto.

SI hombre, que parecía ser el jefe de los forajidos, llevaba una escafandra de vacío a guisa de máscara, oculto el rostro por el grueso vidrio frontal, en el cual se habla hecho funcionar el dispositivo antiactínico, para aumentar más el ocultamiento de sus facciones. Al ver aparecer a Shimusara con la muchacha en brazos, movió la pistola con gesto inquisitivo.

—¿Quién es?

—Una amiguita de nuestro hombre, capitán—dijo Shimusara.

—¿Sí?

—Sí; y creo que a usted le interesará saber también su nombre. Seguro que se va a llevar una sorpresa cuando se entere.

Moyna abrió los ojos en aquel momento y, dándose cuenta de la situación en que se hallaba, rechazó bruscamente al oriental. Se puso en pie, mareada, vacilante, pero no tardó en ponerse a la altura de las circunstancias.

—¿Quién es usted? —preguntó, desafiante, al hombre del casco.

—Antes convendría saber su nombre, señorita —dijo éste.

—¿Señorita? —rio Shimusara—. ¿Señorita... una mestiza rigeliana? Es la hija de Joe Forrester, capitán. Acaso le suena a usted ese nombre, ¿verdad?

El capitán de la «Leverrier» no pudo por menos de estremecerse.

—¿La hija de Joe Forrester? —repitió incrédulo.

—Sí, la misma —dijo Moyna, atusándose los cabellos—. La hija del hombre a quien, en unión de ocho más, asesinó usted en Fuerte del Frío, para apoderarse de sus efectos y dinero. Pero un día u otro mi padre y sus amigos serán vengados, y entonces yo tendré el placer de ver cómo usted padece la misma muerte que padecieron ellos.

—Ese momento está aún muy lejos —dijo el del casco ásperamente—, y todavía no ha llegado.

—Pero llegará —gritó Moyna.

—No hable usted de cosas que no sabe aún si van a ocurrir —dijo hoscamente el capitán asaltante—. Su amigo Stefan se halla a bordo; usted prisionera en mis manos, ¿qué pueden hacer contra mí?

—El capitán Lynton puede ayudarme.

El enmascarado se echó a reír.

—¿Cómo? ¿De qué modo?

Entonces fue cuando habló la mencionada.

—Elevaré mi protesta a la Jefatura de la Policía del Espacio por el ultraje de que estoy siendo objeto —dijo Beatriz.

—Puede protestar todo lo que quiera, capitán Lynton, aunque de nada le va a servir. Sin embargo, quiero que sepa que ni yo ni los míos haremos el menor daño a ninguno de cuantos viajan en la «Anaconda» a no ser que se nos ofrezca resistencia. Hemos venido en busca de una persona y no nos iremos sin hallarla. Bueno, ahora serán dos —sonrió, mirando a Moyna.

La muchacha se estremeció.

—¿Qué piensan hacer con nosotros?

—Con Stefan, puede figurárselo: suprimir un estorbo que me viene amargando la vida desde hace doce años. Con usted... tendré que pensármelo—dijo finalmente el bandido, tras corta reflexión.

—¿No tiene bastante con los nueve muertos que hay sobre su conciencia, asesino? —dijo Moyna terriblemente excitada.

- ¡Basta! —gritó el forajido—. ¡Basta ya! Aquello pasó y no es necesario volver a recordarlo

—No, no le gusta que se lo recuerden, señor asesino. Le molesta que le hablen de los nueve hombres sacrificados por su codicia y por su ambición, ¿verdad? Pero yo soy la hija de Joe Forrester...

- ¡Una puerca mestiza rigeliana!—rio Shimusara.

Los nervios de la muchacha estallaron al oír el insulto. Sin poderse contener, giró en redondo y se arrojó sobre el oriental, quien, sorprendido, no pudo contener el ataque.

Las largas uñas de Moyna dejaron sangrientos surcos en la cara de Shimusara, el cual juró y renegó en tanto que su jefe reía a mandíbula batiente ante la escena que estaba presenciando. Pero Shimusara se hartó al fin y, levantando el arma, golpeó duramente la frente de Moyna.

La muchacha puso los ojos en blanco y perdió el equilibrio. Empezó a caer muy lentamente, a causa de la poca gravedad que había en la nave, y al oriental le bastó un simple empujón para acomodarla en un sillón próximo. Luego sacó un pañuelo y se limpió el arañado rostro, en medio de la incesante hilaridad del enmascarado.

El tiempo empezó a pasar y sólo fue al cabo de una hora cuando un hombre, con un rollo de papeles, penetró en la cámara. El individuo se detuvo, vacilante, evidentemente perplejo.

El enmascarado notó las dudas de su acólito.

—¡Vamos, Stimson, adelante! ¿Qué ocurre? "

—Verá, capitán Hari... No sé cómo decirlo, pero...

—¡Suéltalo ya de una vez! ¡No me hagas perder el tiempo!

Stimson se pasó la lengua por los labios, súbitamente resecos.

—El hombre que buscamos no está a bordo, capitán Hari.

Hubo un instante de denso silencio, roto bruscamente por la voz del enmascarado que se hacía llamar capitán Hari.

—¿Qué dices? —rugió —. ¡Eso no puede ser, Stimson! ¡Stefan tiene que hallarse a bordo de la «Anaconda»!, ¿lo oyes?

Pero el hombre seguía en sus trece.

—Lo siento, capitán, pero no está.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has mirado a los pasajeros uno por uno?

—Y a los tripulantes también, capitán. Y con el «rol» en la mano, como puede ver, capitán Hari —contestó el hombre, agitando las hojas de papel que llevaba en las manos.

El forajido se las arrebató de un empellón.

—¡Trae acá!—gruñó—. ¡Sois unos idiotas que no sabéis ver más allá de vuestras narices!

—Perdone, capitán Hari —objetó Stimson—, pero creo que es injusto conmigo. Conozco a Stefan de sobra, incluso una vez me lo presentaron y estuve hablando con él, pero no está a bordo. He mirado todos los rostros de los pasajeros y de los tripulantes, uno por uno, sin lograr encontrarlo. Y aún hay más: no falta ni uno solo de los botes salvavidas.

—Eso es que no habéis sabido buscar bien, estúpidos.

—Disiento de su opinión, capitán. Ahí, en el «rol» hay inscriptos doscientos setenta y tres pasajeros y ochenta y seis tripulantes, además del capitán. Los he contado ¡tres veces! para estar seguro de que no me había equivocado, después de que eché en falta a Stefan... ¡y le aseguro que éste no se encuentra a bordo!

El capitán Hari miró un instante a su subordinado, hasta adquirir la convicción de que decía la verdad. Luego con el fajo de papeles en la mano, se volvió hacia Beatriz.

—¿Están aquí todos los nombres de pasajeros y tripulantes, capitán Lynton?

—Compruébelo usted mismo, capitán Hari —contestó la joven fríamente.

—Stefan y la mestiza eran invitados suyos, capitán Lynton.

—¿Por qué no? La nave es mía y puedo invitar en ella a quien quiera, ¿no? ¿O me va a discutir también ese derecho, señor forajido?

—Yo no le discuto nada, señorita Lynton. Lo que quiero saber es si Stefan y Moyna Forrester estaban inscritos en el «rol».

Una desdeñosa sonrisa curvó los labios de Beatriz.

—¿Por qué cree que me dieron la patente de capitán astronáutico, con aptitud para manejar una nave de alto bordo por cualquier constelación de la Galaxia, capitán Hari? Busque en el «rol», ahí verá los nombres de Stefan y su acompañante. Están en el Anexo C-l, página octava, línea decimoséptima.

Un instante permaneció el capitán Hari en la misma postura, mirando fijamente a Beatriz; después, y tras una breve vacilación, hizo lo que ésta le había indicado.

—Es cierto —murmuró, defraudado.

—¿Qué pensaba usted, capitán? ¿Qué soy de los que se exponen a recibir una reprimenda de las Patrullas de Control de Vuelos Astronáuticos? Sin duda creyó que, en lugar de doscientos setenta y tres pasajeros inscritos oficialmente, había doscientos setenta y cinco; es decir, dos incontrolados, ¿verdad? Pues no; el número total, que usted sabía tan bien cuando nos amenazó, es el mismo que citó entonces y no ha variado. ¿Tengo yo la culpa de que sus hombres no sepan ver más allá de sus narices?

El forajido se mordió los labios; después, se volvió, lanzando una serie de violentas imprecaciones.

—¡Buscad por todas partes! Buscad u os desollaré vivos. Registrad la cámara de energía sí es necesario, ¿me entendéis? Usted, Shimusara,

vaya también con Stimson.

—No creo —dijo el oriental— que Stefan se haya metido en la cámara de energía, capitán; ¿a quién diablos se le ocurriría suicidarse empapándose de radiactividad hasta los huesos, con sólo cinco minutos de permanencia en ella? Y ya llevamos casi dos horas a bordo de la «Anaconda», que yo recuerde.

—Y, por si fuera poco —sonrió Beatriz—, la llave de la cámara de energía, la tengo yo, capitán Hari. ¿La quiere usted?

La joven se quitó una cadenita que llevaba en torno al cuello, y de la cual pendía una diminuta llave que no era otra cosa que una célula fotoeléctrica, y se la arrojó al forajido. Éste la pescó al vuelo y, muy pensativo, se la entregó a Stimson.

—¿Hemos de entrar allí? —preguntó éste, vacilante, visiblemente disgustado.

—¡Sí! ¡Entrad y ojalá os quedéis todos allí, estúpidos!—bramó Hari.

—En la antecámara están los trajes protectores —sugirió Beatriz—. Suele haber una docena para caso de una reparación de emergencia en pleno vuelo. No obstante, y le supongo enterado de ello, la protección apenas si dura treinta minutos. De todas formas, con diez es más que suficiente para lo que ustedes quieren.

El capitán Hari miró a la joven con reluctancia.

—Parece que nos está dando demasiadas facilidades, capitán Lynton.

Beatriz hizo una mueca de desagrado.

—Me las estoy dando a mí misma al tratar de hacerlos desaparecer cuanto antes de mi vista, capitán.

Stimson y Shimusara desaparecieron de allí. Con la pistola en la mano, Hari continuó amenazando al grupo formado por la joven y sus oficiales, sin que ninguno de ellos se atreviera a moverse. Beatriz encendió un cigarrillo y fumó impasible, dejando transcurrir el tiempo en silencio.

Al cabo de un buen rato Moyna recobró el conocimiento. Durante unos momentos permaneció aturdida, hasta que poco a poco fue centrando las ideas de su imaginación. Pero no se levantó; quedó sentada donde estaba, aguardando también, como los otros, a que los

forajidos desalojaran la nave de una vez.

Esto sucedió treinta minutos más tarde, cuando el capitán Hari se hubo convencido al fin de que Stefan no se hallaba a bordo. Mascullando mil imprecaciones, decidió la partida.

—Pero la mestiza vendrá conmigo —dijo ceñudo, secamente.

—¿Por qué? —preguntó Moyna, palideciendo intensamente.

El capitán Hari habló con rencor.

—Porque espero que usted sea el cebo para que Stefan venga a verme. Y entonces...

Hari no terminó la frase, pero su silencio fue mucho más elocuente que las palabras mismas. A pesar de sus protestas, expresadas con violencias verbales y físicas, Moyna fue arrastrada hacia la «Leverrier», la cual unos minutos más tarde despegó del costado de la «Anaconda» y se perdió en el espacio con rumbo desconocido.

Hasta el radar le perdió de vista.

Apenas había ocurrido tal cosa, Beatriz impartió sus órdenes.

—¡Busquen inmediatamente a Stefan! ¡Tiene que hallarse forzosamente en la nave!

—¡A la orden!

Pero por más esfuerzos que hicieron sus oficiales, encabezados por el segundo Iponov, Stefan no pudo ser hallado, y tal circunstancia le fue comunicada a Beatriz, cuyo espíritu no pudo menos que llenarse de un lógico y enorme desconcierto ante aquel misterio.

Y la pregunta que la joven se formulaba incesantemente era: Si Stefan no se hallaba a bordo de la «Anaconda», si no había huido en uno de los botes salvavidas, si los forajidos no lo habían apresado, ¿dónde podía haberse escondido que no había manera de hallarlo?

CAPÍTULO VI

Sin embargo, Stefan no se había escondido. Lo único que hizo, tras golpear y atontar al oriental, fue correr hacia su cámara, en la cual y en contados segundos, realizó algunas transformaciones en su rostro, que le dieron un aspecto totalmente distinto. A continuación cambió sus ropas para evitar ser reconocido por algún viajero o tripulante de la nave, atemorizado, y luego adoptó una actitud

totalmente indiferente durante el tiempo que siguió a la invasión de la «Anaconda» por los forajidos.

Soportó impasible, como si todo aquello no fuera con él, el minucioso escrutinio de los asaltantes, quienes, por tres veces al menos, pasaron ante él sin reconocerlo. Presenció, sonriendo interiormente, el desconcierto de los bandidos y luego también vio cómo éstos se dirigían, evidèntemente aprensivos, hacia la cámara de energía, temerosos de someterse a las mortíferas radiaciones de los potentísimos motores de la astronave. Nadie, empero, supo dar con él.

Cuando los forajidos, al fin, parecieron darse por vencidos y se convencieron de que era imposible hallarle, volviéndose locos a fuerza de conjeturar dónde podía haberse escondido, Stefan decidió actuar, aprovechándose del hecho de que a los ocupantes de la «Anaconda» les había sido concedida una mayor libertad de movimientos.

Paseó por las distintas cubiertas de la nave, buscando su ocasión, que no tardó al fin en llegar en forma de un forajido que, apoyado indolentemente en un mamparo, hacía girar la pistola en torno al índice por el guardamonte.

El individuo tenía la cara surcada de cicatrices, lo cual hablaba sin duda de una vida llena de azares y aventuras, y, realmente, resultaba desagradable mirarle. Pero Stefan no hizo caso de tales circunstancias y se detuvo a su lado.

El forajido lo miró con suspicacia. Agitó la pistola significativamente.

Stefan sonrió.

—Oh, dispénseme —dijo señalando el cigarrillo que se había colocado en la boca—; su llegada fue tan imprevista que me olvidé de encenderlo. ¿No tendría usted un fósforo por casualidad? ¿Quiere fumar?

El hombre vaciló y acabó por tomar el cigarrillo que Stefan le ofrecía.

—Gracias.

—¿A qué se debe su presencia en la nave? He oído hablar en alguna ocasión de asaltos por bandoleros, pero ustedes no parecen serlo —mintió Stefan piadosamente—. Por lo menos no veo que roben a nadie.

El tipo se encogió de hombros.

—No hemos venido a robar —dijo.

—Pues entonces... Dispense, pero no di mi nombre. Me llamo González —dijo Stefan, dando el nombre que primero se le ocurrió.

—Gracias, amigo. Yo me llamo Davidson. Sí, lo que le dije; no hemos venido a robar, sino a buscar a un tipo.

—¿Quién?

En tanto que hablaba, Stefan trataba de ganar tiempo para así poder poner en práctica su plan.

—Es un individuo que canta y toca la guitarra —bufó Davidson desdeñosamente—. Un tal Stefan, según tengo entendido. No sé por qué diablos el capitán Hari tiene tanto interés en él.

—¿Sí?—dijo Stefan, y en aquel momento extendió su índice, habiendo llegado el instante propicio—. ¿No es su capitán aquel que va por allí?

Davidson cayó incautamente en la trampa que el joven le tendía. Volvió el rostro, y aquello fue su perdición, porque al instante un duro puño le golpeó detrás de la oreja con terrible fuerza. El forajido vaciló, pero Stefan no lo dejó caer siquiera.

Al lado había una puerta abierta que daba a una cámara desocupada en aquellos momentos. Stefan la cerró, procediendo luego a un rápido cambio de ropas con el bandido, tras de lo cual, y habiéndole atado y amordazado concienzudamente, salió de la cámara, jugueteando distraídamente con la pistola, tal y como le viera hacer antes, con un humoso cigarrillo pendiente de la comisura de los labios.

La cámara de energía fue registrada con el mismo resultado infructuoso que los demás recovecos del navío, y al fin Stefan oyó las órdenes que daban para transbordar de nuevo a la «Leverrier». En todo momento conservó su calma y sangre fría, aunque hubo un momento en que sus nervios parecieron traicionarle: cuando vio que el capitán Hari, nombre bajo el cual se disfrazaba el asesino, se llevaba prisionera a Moyna.

En aquellos instantes Stefan estuvo tentado de barrer del mundo de los vivos al asesino con un disparo de su pistola, pero el temor de dañar a Moyna y, más aún, el de las posibles represalias que los forajidos pudieran tomar con Beatriz y los demás ocupantes de la «Anaconda», le hizo desistir de su empeño. Por otra parte, le parecía que la venganza así, de tal forma, sería un poco estúpida y sin sabor alguno, y quería disfrutar de ella después de doce, años de larga y paciente espera.

Así, pues, conteniendo difícilmente sus nervios, transbordó a la «Leverrier», la cual se despegó inmediatamente, virando en un círculo de amplísimo radio, perdiéndose en la inmensidad de la Vía Láctea, en dirección aparente a la estrella Messier 29, Gamma del Cisne.

Durante varios días no ocurrió nada, ni nadie se fijó particularmente en él. Stefan procuró irse acostumbrando a las interioridades de la nave, comportándose en todo momento como un tripulante más de la misma, hasta que al fin llegó uno de los momentos más deseados por él.

—Toma —le dijo uno de los oficiales de la «Leverrier», precisamente Stimson—; llévale la comida a la prisionera. Está en la cámara 8-E, y procura no propasarte con ella, ¿entiendes?

El falso Davidson escupió despreciativamente a un lado.

—No me han gustado nunca las mestizas, y menos las de piel de cobre de Rigel. Si yo fuera el jefe…

—Si tú fueras el jefe —dijo Stimson mirando el rostro que tenía ante sí —me metería el cañón de la electrónica y apretarla él gatillo.

—No será para tanto —refunfuñó Stefan, haciéndose el molesto—; a usted no le gustará, pero yo recuerdo a una chica de Épsilon de Casiopea que…

—¡Basta ya de charla!—rugió Stimson, y Stefan, sin más, tomó la bandeja y se encaminó a la cámara donde se hallaba encerrada la muchacha.

Cerró, la puerta y depositó la bandeja sobre una mesa. Moyna no se volvió siquiera de la posición en que se hallaba, mirando a través de un tragaluz que daba al espacio.

—Le conviene comer—dijo Stefan en tono completamente natural.

Moyna se estremeció al oír la voz, volviéndose impulsivamente. Pero casi en el acto hizo una mueca de asco al ver al hombre que tenía ante sí.

—¿Es esto el engorde antes de la matanza? —dijo.

Stefan movió la cabeza.

—Cuando esperan duros peligros y fieras acechanzas, es preciso comer para mantener las fuerzas listas para la lucha.

Moyna se pasó una mano por la frente.

—Es curioso —dijo, acercándose renuentemente a la mesa—; juraría haber oído esa voz antes de ahora.

—Estoy seguro de que sí —dijo Stefan—. En «La Bella y el Átomo», en el «Spring Comet», en el «Hotel Titania», en «Los Canales de Marte», en la es- pacionave «Anaconda»...

A medida que Stefan iba haciendo la relación de los lugares donde habían estado los dos últimamente, los ojos de la muchacha se dilataban más y más, demostrando con ello el infinito asombro que la poseía.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas? —dijo estupefacta.

Pero, de pronto, una chispa de luz penetró en la mente de la joven.

—¡Stefan!—gritó, sin poderse contener, y corrió hacia el trovador.

Éste sujetó las muñecas de la muchacha, esquivando así el afectuoso abrazo que ella pretendía darle.

—¡ Psst!—siseó—. No grites o se nos descubrirá el pastel.

Moyna no acababa de dar crédito a sus ojos.

—Stefan, es increíble. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? Si parece cosa de brujería;

—No hay nada de brujería en lo que yo he hecho, Moyna, sino procurar ser un poco más listo que estos tipos.

—¿Y qué piensas hacer ahora, Stefan? —inquirió ella anhelantemente —. El asesino está a bordo, bajo el nombre de capitán Hari.

—Lo sé. Esta actitud camaleónica es muy propia de un individuo como él.

—¿Vas a atacarle aquí mismo?

El joven se frotó la mandíbula.

—No sé qué hacer. Si fuera un loco, le mataría sin pensar luego en las posibles consecuencias que mi acción pudiera acarrearme. Lo hubiera hecho así hace unos cuantos años, cuando yo era un muchacho...

—¿Quiere decir eso que renuncias a tu venganza, Stefan?

—Oh, no; pero tampoco tengo vocación de suicida, Moyna, compréndelo. Quiero dar el golpe con absoluta seguridad de éxito y sólo lo haré cuando tenga cubierta la retirada.

—Así es difícil, Stefan —objetó ella.

—Lo sé, Moyna. Por eso aguardo a saber definitivamente a qué punto de la Galaxia vamos y cuáles son las intenciones del capitán Hari.

—No debieras aguardar a tanto, Stefan. Puesto que ahora pasas por un miembro de la tripulación, prepárate un bote salvavidas, mátale y luego huye.

—¿Y tú?

La muchacha se encogió de hombros, desviando la vista.

—Con saber que ha muerto ese perro tengo más que suficiente. Lo que pueda ocurrirme después no me importa en absoluto.

Stefan denegó con la cabeza.

—No. Lo haré cuando sepa que podemos escabullimos los dos, ¿has oído?

—Debieras olvidarme a mí, Stefan —insistió la rigeliana—. Yo sólo puedo servirte de estorbo y...

—¿Quieres quedarte aquí sola, después de que haya muerto el capitán Hari, a merced de esta jauría de fieras que te despedazarían en menos que canta un gallo, o quizás harían cosas peores contigo, Moyna? No, no; está decidido así y sólo nos iremos cuando...

El joven se interrumpió. Oía pasos que se acercaban a la cámara.

—Pronto —siseó—; siéntate a la mesa, Moyna.

La muchacha obedeció, simulando comer. Entonces se abrió la puerta bruscamente y una voz autoritaria exclamó:

—¡Davidson!

—Diga, señor —murmuró el joven.

—¿Qué diablos haces ahí tanto rato? ¿No eras tú el que escupías cuando te mencionaba el nombre de esa mestiza?

—Bueno, verá, jefe... La niña ésta no quería comer y yo trataba de convencerla de que, rigeliana o no, está bien de tipo y que más delgada parecería un palillo y...

—¡Basta de charla ya, estúpido!—gruñó Stimson—. Sal de aquí y vete a relevar a Podno en el cuarto de derrota.

—Sí, señor —dijo mansamente Stefan, saliendo de la habitación, no sin que antes hubiera tenido tiempo de hacer un rápido guiño a la muchacha, cuyo cobrizo rostro no expresó el menor sentimiento.

El cuarto de derrota desde donde se dirigía la nave era una inmensa habitación, en cuyo centro había una colosal esfera de vidrio negro, en la cual estaban señaladas todas las estrellas y constelaciones más importantes del universo. La esfera era la carta celeste por medio de la cual se guiaban las astronaves en sus viajes por el espacio, y en ella se marcaban los rumbos a seguir por el sencillo procedimiento de «volar» en torno a ella. La cámara de derrota carecía de gravedad por hallarse situada en el centro de la nave, y los tripulantes de guardia podían recorrer fácilmente cualquier punto de la esfera-mapa con sólo ayudarse de unas correas elásticas que pendían del techo para sus movimientos. Numerosas pantallas visoras, situadas estratégicamente y conectadas con objetivos situados en el exterior, daban la sensación de ser otros tantos tragaluces que permitían la visión del espacio exterior con toda comodidad. Al pie de los mamparos infinidad de aparatos de control, repletos de botones e indicadores de diversos tonos, en los cuales fosforecían multicolores lamparitas-piloto, eran los instrumentos que servían para conducir la nave a velocidades aterradoras, infinitamente superiores a las de la luz, por cualquier lugar del cielo.

El tripulante de servicio en aquel momento se descolgó del techo al ver entrar a Stefan, mediante el expeditivo procedimiento de dar una patada al mamparo que servía de tal, pues estaba cabeza abajo.

Invirtió su posición y miró de soslayo al joven.

—No hay novedad, Davidson. Todo marcha correcto y debe seguir así igual hasta dentro de tres horas, en que llegaremos a la altura de Alfa da Vulpecula[2]. Entonces viras dos puntos a babor hasta alcanzar el plano del Ecuador Galáctico, que deberás seguir hasta que te releven.

Stefan asintió, viendo deslizarse a Podno horizontalmente, como si reptara en el aire.

—¡Aja! —dijo, sin más comentario, y luego, asiendo una correa, se izó en el aire, hasta situarse a la altura requerida.

Estudio el mapa celeste grabado en la esfera. La enorme bola, de cinco o seis metros de diámetro, estaba brillantemente iluminada en su interior, de modo que los puntos huecos que había en su superficie y que representaban los astros refulgían intensamente. Se rascó una mejilla con el pulgar.

—Sí —murmuró en apagado autocoloquio—. Una vez que hayamos alcanzado el plano del Ecuador Galáctico iremos en derechura a Messier 29. Pero… ¿a qué?

Descendió hasta el suelo, yéndose hacia la clasificadora de astros. Manejó unas cuantas teclas, escribiendo una pregunta, y la máquina le dio prontamente la respuesta en una ancha pantalla iluminada, en la cual pudo ver los sistemas planetarios que pertenecían a Messier 29. Estudió los diferentes nombres, desechando los inhabitables y quedándose con aquellos que, a su juicio, habitados o no, permitían más o menos la vida en su superficie. Uno de ellos, al cabo de un rato de sostenida controversia consigo mismo, acabó por llamarle la atención.

¿Sería Plutón 50 el lugar a donde se dirigían? Plutón 50 recibía su nombre por ser un planeta oscuro, situado muy lejos de la estrella de la cual recibía la misma cantidad de luz que el Plutón del sistema recibía de la suya. Así se había acordado llamar a todos los planetas en idénticas condiciones cuando se inició la era de los viajes interestelares, y el número que seguía al nombre indicaba el orden de su descubrimiento. Pero, no obstante su oscuridad, Plutón 50 poseía suficiente calor propio para tolerar una vida rudimentaria en su superficie, aunque siempre en condiciones hostiles, ya que el termómetro no subía nunca más arriba del cero de la escala. Plutón 50, permitiendo, pues, vivir sobre él, pero deshabitado, podía ser un magnífico refugio para los bandidos, seguros de que nadie iría allí a

molestarlos, estando rodeado, como estaba, de numerosos sistemas con planetas en donde la vida era mucho más fácil y agradable.

El tiempo fue pasando.

Cuando llegó la hora, Stefan corrigió el rumbo de la nave en el sentido indicado, realizando luego más tarde la segunda corrección, hasta situar la trayectoria de la misma en el Ecuador de la Galaxia. Luego esperó su relevo.

Cuando hubo terminado su servicio en el cuarto de derrota salió del mismo, no sin haber hecho antes una serie de operaciones por control remoto, que más adelante podrían servirle en caso de necesidad. Y en aquellos momentos no sabía él cuan acertadamente acababa de obrar.

Caminó despacio hacia el comedor de la tripulación, en donde se sentó a la mesa. Comió fuertemente, y todavía estaba haciéndolo cuando alguien le tocó en el hombro.

—¡Davidson! —oyó la voz de Stimson.

—¿Qué hay? —gruñó desapaciblemente, con la boca llena.

—El capitán te llama.

—Que espere. ¿No ve que estoy comiendo?

—¡Insolente! Cuando el capitán llama a alguien, ese alguien debe acudir Inmediatamente, ¿oyes, pedazo de mula?

Stefan arrojó con ira el cuchillo sobre la mesa y se puso en pie.

—¡Ya voy, ya voy! —gritó—. Esto no es una nave del espacio, sino un barco negrero. ¿Qué se ha creído ese estúpido, que somos sus esclavos?

—¡Calla, animal! Obedece o atente a las consecuencias.

El joven se subió los pantalones con un gesto lleno de desprecio. Miró al segundo de arriba abajo, con desvergonzada insolencia, y luego salió del comedor.

Llamó a la puerta de la cámara del capitán, y penetró en ella una vez que le fue concedido el oportuno permiso. Una vez en su interior, vio a su odiado enemigo vuelto de espaldas a él, escribiendo sobre una mesita. Permaneció de pie, silencioso, hasta que Hari dio media vuelta, enfrentándosele

Una singular sonrisa apareció en el rostro del hombre a quien Stefan había jurado matar. El joven intuyó algo raro, pero muy pronto estuvo en disposición de saberlo.

—¡Hola, Davidson! —dijo el capitán Hari —. ¿Davidson… o Stefan?

—Me parece que se engaña, capitán —dijo el joven, tratando de disimular su agitación interna—. Soy Davidson, ¿o no me conoce?

—Entonces debes de tener un hermano gemelo, cosa que yo ignoraba hasta ahora, Davidson.

—¿Por qué lo dice, capitán?

—Porque el auténtico Davidson fue encontrado en la cámara que tú le encerraste a bordo de la «Anaconda», ¿sabes?

El joven decidió que ya había llegado el momento y que no debía esperar un segundo más. Sacó su pistola electrónica con gesto fulmíneo, al mismo tiempo que decía:

—Sí, soy Stefan, capitán Hari; el hombre que juró vengar a los nueve muertos del Fuerte del Frío y que va a hacerlo ahora mismo —y apenas había terminado de hablar cuando apretó el gatillo.

CAPÍTULO VII

Flanqueada por una imponente escolta de guerreros altairianos, Beatriz Lynton avanzó por el centro del impresionante salón, a cuyo final se hallaba el trono en el cual se sentaba Bashur, el poderoso rey del sistema de Altair. Al lado de Bashur se encontraba su esposa Dynia, mujer ya un tanto madura, pero que conservaba aún la mayor parte de su belleza, ahora de matronil porte, dignificado por las lujosas ropas cortesanas que debía llevar como

esposa de un rey. A ambos lados del trono numerosos dignatarios de la corte contemplaban la singular hermosura de Beatriz, cuyas sencillas vestimentas contrastaban fuertemente con las vistosas y polícromas de cuantas personas había en aquellos momentos en el salón.

La escolta se detuvo a mitad de camino, en tanto que Beatriz

continuaba avanzando, acompañada ahora únicamente por un chambelán de la corte, el cual se quedó a unos metros del trono, en tanto que la muchacha seguía unos pasos más hasta detenerse exactamente al pie de la primera grada.

Beatriz y Bashur se miraron unos segundos fijamente. La joven admiró la colosal estatura de Bashur, quien, a pesar de contar unos cincuenta años terrestres, conservaba intactos su vigor y su fuerza varoniles. Bashur se había vestido adecuadamente para la ocasión, pero era evidente que se sentía incómodo con aquellos ropajes.

—Se me ha dicho que una mujer terrestre solicitaba audiencia de mí —dijo al fin el rey de Altair.

—Yo soy esa mujer, poderoso Bashur, y el asunto que me trae aquí es sumamente urgente.

—¡Urgente, urgente! —refunfuñó el rey—. Todos los terrestres andan locos a vueltas con el reloj. Tengo prisa para esto, tengo prisa para lo otro... Total, que mueren sin haber alcanzado la inmensa mayoría de ellos lo que tanto ansiaban: la felicidad. ¿Eres tú también de ésos, Beatriz Lynton?

—En este caso está justificada mi prisa, Bashur —dijo la muchacha, impávida—. Se trata de salvar una vida humana. Terrestre, por más añadidura.

Bashur se encogió desdeñosamente de hombros.

—¿Qué diablos puede importarme a mí la vida de un terrestre? Por mí podían irse todos ellos al infierno... Déjame en paz, Dynia —gruñó al sentir los codazos con que pretendía llamarle al orden su real consorte —. Lo dicho, dicho está.

—La vida que yo te pido me ayudes a salvar, rey Bashur, es muy querida para ti. Se trata de la de Stefan —dijo Beatriz serenamente.

Bashur abrió la boca con estúpido gesto.

—¿Has dicho Stefan, terrestre?

—El mismo, Bashur.

El rey de Altair se puso en pie, recogiéndose con furioso gesto la cola del manto.

—Ven, sígueme —dijo.

Y dando media vuelta se metió por una puertecilla practicada en la pared posterior del sillón real. Dynia, su mujer, le siguió, así como la joven, la cual unos segundos más tarde se encontró en una pequeña habitación, sencillamente amueblada, en uno de cuyos ángulos había una pequeña mesita provista de servicio de licores.

Bashur se despojó de sus atributos reales, tirándolos de cualquier modo en un rincón. Sirvió tres copas, alargando dos a las mujeres, y luego vació la suya de un trago.

—Es vino de mis viñas —dijo a guisa de explicación—. Hice traer a un experto terrestre y ahora, ni en tu planeta podría pagarse este vino a peso de oro. Pero dejemos esto a un lado, ¿qué rayos le pasa a Stefan?

La muchacha hizo una completa relación de todos los sucesos acaecidos en su nave hasta el momento en que, echando de menos a Stefan, hicieron un concienzudo registro en ella, lo cual dio por resultado el hallazgo del forajido denominado Davidson, y concluyó:

—Por lo tanto, es evidente que Stefan se encuentra ahora a bordo de la «Leverrier» y en cualquier momento puede ser descubierto y muerto, naturalmente. El capitán Hari no desaprovechará la ocasión, a buen seguro.

—¿Y ya sabes hacia dónde se dirige esa nave, Beatriz?

—Davidson nos lo dijo «convenientemente» interrogado. Van hacia Plutón 50, un planeta del sistema de Messier 29, Gamma del Cisne, Bashur.

—¿Qué diablos pretende hacer Hari allí?

—Davidson nos confesó que es su cuartel general.

—Cuartel general, ¿de qué, Beatriz?

—No lo sé—repuso ella—, pero de nada bueno, con toda seguridad.

—Me da en la nariz que ese Hari debe de ser uno de los bandidos que infestan las rutas comerciales. Algunas de mis naves incluso han tenido que sufrir sus depredaciones, lo cual me hace pensar que, en efecto, son muy audaces. Pero si echo el guante a ese Hari...

—¿Vas a ir en su busca, Bashur? —inquirió Beatriz.

El rey, al oírla, río sonoramente.

Miró a su bella esposa, guiñándola un ojo, y luego volvió sus penetrantes pupilas hacia la joven.

—Tú le quieres, ¿verdad?

Beatriz enrojeció vivísimamente, silenciando la respuesta. Pero su actitud era de sobra elocuente. Bashur y Dynia rieron de nuevo.

—Son muy pocos días los de una semana terrestre para enamorarse de un hombre, Beatriz —dijo el rey.

—Cualquier mujer —terció Dynia —se enamoraría de Stefan con sólo verle una vez, Bashur; no se lo reproches.

—Eh, eh —dijo el rey, falsamente alarmado—. ¿Debo entender que también mi esposa…?

Dynia tomó la mano de su marido, reclinando amorosamente su cabeza sobre el amplio pecho de Bashur.

—Sabes demasiado bien, esposo mío, que en toda la Galaxia sólo hay un hombre para tu mujer.

—Bueno, bueno —dijo él, revolviéndole los brillantes cabellos dorados con la mano libre—; basta de arrumacos, que Beatriz se pondrá aún más colorada. Está bien, muchacha —dijo dirigiéndose a Beatriz ; voy a disponerlo todo para salir en busca de ese endiablado Stefan, a quien más le hubiera valido quedarse aquí en lugar de empeñarse en buscar un asesino que solo está deseando hallar la ocasión propicia para redondear su labor.

—¿Vas a venir tú, rey Bashur? —inquirió Beatriz incrédula.

—¡Naturalmente! Stefan es mi mejor y más apreciado amigo.

—Pero… pero puedes mandar a tus hombres…—objetó la muchacha.

Entonces fue la propia Dynia la que dio la respuesta que el mismo Bashur habría dado.

—Cuando un rey de Altair concede su amistad, lo hace para siempre, Beatriz. Y Bashur se sentiría avergonzado de mirarme si, enterándose de que un amigo suyo, sea quien sea, está en inminente peligro, no ha acudido a salvarle, utilizando para ello cuantos medios están a su alcance.

Beatriz no se pudo contener y avanzó impulsivamente hacia la pareja real, tomando una de las manos de la hermosa Dynia.

—Es realmente conmovedor… —gimoteó.

Bashur no la dejó seguir.

—¡Ea, basta de lagrimitas y de parloteos inútiles, que no sirven para otra cosa que para hacernos perder el tiempo! Ahora me siento terrestre y debemos, en consecuencia, darnos toda la prisa posible.

* * *

Stefan apretó el gatillo de su pistola, liberando una feroz descarga, a máxima presión, de electrones puros. Una barra de vivísima luz blancoazulada surgió de la boca del arma, encaminándose en derechura al pecho de Hari.

Pero, ante el asombro del joven, no ocurrió absolutamente nada. Hari continuó en donde estaba, con los brazos cruzados sobre el pecho, rígido cual una estatua, sonriendo sarcásticamente con perfecta sangre fría.

Atónito, desconcertado, Stefan repitió la maniobra. Y entonces ocurrió una cosa muy rara: la imagen de Hari comenzó a derretirse, a esfumarse de su vista.

Parecía como si el cuerpo del capitán de la «Leverrier» estuviera formado por blanda cera que se fundía al influjo del enorme calor levantado por las descargas. Sin embargo, Stefan no tardó en comprender, al oír la voz de su enemigo, que no había tal, sino una sólida barrera de grueso vidrio plástico que separaba a ambos tan profundamente como si uno y otro se hubieran hallado a la vez en dos rincones opuestos del Universo.

El capitán Hari rió sonoramente, exultante de satisfacción.

—Sabía que ibas a hacer eso apenas descubrieras que yo, a mi vez, te había descubierto. Fuiste muy listo, en efecto, Stefan, al ocultarte de este modo cuando registramos la «Anaconda». Ocultándote y, al mismo tiempo, paseándote impunemente delante de nuestras narices. Muy listo, sí; pero, desgraciadamente, ya todo se ha acabado para ti —sentenció con voz convincente.

El joven no se entretuvo en más averiguaciones; dando media vuelta, salió a todo correr de la cámara en donde se encontraban.

En la misma puerta se tropezó con dos hombres, ambos armados con sendas pistolas electrónicas: Stimson y Shimusara.

Los dos forajidos estaban guardando la puerta, pero la inesperada aparición del joven fue tan violenta que los cogió por sorpresa, impidiéndoles reaccionar a tiempo. Stefan se aprovechó del desconcierto, arrojándose sobre ellos.

Derribó a Shimusara de un fenomenal golpe en la cabeza con el ancho cañón de la pistola. Stimson quiso revolverse, pero el pie del joven fue infinitamente más rápido y lo lanzó unos metros más allá de donde se encontraba, en medio de un atronador escándalo de aullidos provocados por la terrorífica violencia del impacto.

Corrió dando grandes saltos facilitados por la ausencia de gravedad, hacia la cámara que ocupaba la rigeliana. Ésta se hallaba en una cubierta superior, y Stefan no se entretuvo en dar un rodeo para subir por las escaleras automáticas, sino que de un salto se encaramó a dicha cubierta. Una vez allí se volvió.

Lo hizo a tiempo, pues Hari salía de su cámara con una pistola en la mano. Stefan lo hizo resguardarse apresuradamente mediante un par de descargas que fundieron la esquina de un mamparo y luego se acercó a la puerta tras la cual se hallaba Moyna.

—¡Soy yo, Stefan!—le gritó—. Date prisa; nos vamos.

La muchacha no se hizo de rogar. Asomó en la puerta y de una ojeada se hizo cargo de la situación. Stefan la tomó de la mano y echó a correr.

Atraído por el estrépito de los gritos del segundo, los tripulantes de la «Leverrier» empezaban a salir de sus cubiles. Vieron a la pareja correr a grandes saltos hacia una de las esclusas de salida y comprendieron que se querían fugar, aunque, no conociendo a Stefan, sólo vieron a Davidson que quería largarse con la mestiza.

Precautoriamente, y a medida que corría, Stefan soltó unas cuantas descargas que tuvieron la virtud de hacer refugiarse a todo el mundo en su cámara, huyendo de los espantosos efectos de aquellos disparos. Pero, a través del megáfono, Hari ladraba y aullaba, impartiendo órdenes que no eran obedecidas con la rapidez que él hubiera querido.

En tanto permanecía Stefan de guardia en el cuarto de derrota, había estado preparando, por control remoto, un bote salvavidas, por si llegaba una contingencia como aquella. Y, si conseguía llegar hasta él,

podría felicitarse de su previsión.

Un tripulante le salió al paso, empuñando una pesada barra de hierro, que bajó sobre la cabeza del joven con todas sus fuerzas. Stefan se echó a un lado, esquivando el golpe, y luego oprimió el disparador.

El joven no quería matar a ninguno de los tripulantes de la nave, pues, entendía que su querella era única y exclusivamente con Hari; pero también consideró que debía defender su vida a todo trance. El tripulante lanzó un aullido de pavor que se apagó bien pronto al ser carbonizado por la descarga.

En dos saltos más, la pareja llegó a la esclusa. Girando en redondo, Stefan hizo desaparecer unos cuantos curiosos con media docena de disparos, y entonces oprimió el botón de apertura de la compuerta interior.

Aguardó unos segundos, vigilando atentamente el espacio que tenía ante sí. Bruscamente, un grito de Moyna le trajo a la realidad.

—¡La compuerta no se abre, Stefan!

El joven se volvió, lanzando una maldición. Era cierto lo que le decía la rigeliana. Calculó, en una brevísima fracción de segundo, que el mecanismo de apertura estaría bloqueado desde la cámara de derrota, pero al instante halló el modo de librarse de aquel atasco. Volvió la pistola contra el mando de apertura y apretó el gatillo.

Hubo dos chispazos simultáneos: uno el de la pistola al soltar su descarga, y otro el del mecanismo de apertura al ser destrozado por aquélla. La compuerta se deslizó, lenta y pesadamente, hacia uno de los lados.

En aquel momento, una oleada de intolerable calor les golpeó el rostro. Stefan se volvió, viendo a un par de tripulantes apostados en la cubierta inferior, armados ambos con sendas pistolas electrónicas. Empujó a Moyna al interior de la esclusa, haciéndola pasar por la todavía estrecha abertura de la compuerta, y luego se tiró al suelo, en el momento en que dos furiosos rayos de luz le buscaban para carbonizarle.

Disparó sañudamente contra sus enemigos, sin hacer blanco tampoco. Una de sus descargas impactó en un mamparo que había tras ellos, el cual comenzó a deslizarse lentamente a un lado. Absorbido por la excitación de la lucha, Stefan no se dio cuenta de lo que significaba la apertura de aquella enorme puerta, de sólido grosor.

Durante unos instantes, ambos bandos se estuvieron tiroteando sin otro resultado que quemar algunos sectores de plástico que recubrían buena parte de los muros. Los dos tripulantes de la «Leverrier», únicos entre todos que se habían atrevido a responder al fuego del joven, saltaban a un lado y a otro, esquivando los disparos que se les hacían.

Pero, de pronto, Stefan se dio cuenta, horrorizado, espeluznado, de que estaba a punto de ocurrir una gran catástrofe. Muchos de sus disparos habían penetrado por aquella espesa puerta que se había abierto como consecuencia de uno de ellos... ¡y el negro hueco que se veía al otro lado era el de la cámara de energía donde se encontraban los potentísimos motores nucleares que movían la nave!

En la cámara de energía había unos motores mayores que los otros. Los pequeños servían para maniobras auxiliares y el vuelo a velocidades planetarias, así como de planta de fuerza para el interior de la nave. Éstos se hallaban más cerca de la puerta, por su menor intensidad radiactiva y, de repente, uno de ellos, afectado su equilibrio por las descargas sufridas, empezó a dar señales de inestabilidad.

El muro de plomo que protegía el colector se fundió repentinamente. Un intolerable relámpago de color azul violeta salió fuera, extendiéndose por toda la cubierta inferior.

El instinto salvó la vista de Stefan, pues apenas vio que el muro protector de plomo empezaba a gotear, se volvió, cubriéndose los ojos con el brazo. No obstante, sus oídos no resultaron afectados por la ráfaga de luz radiactiva, y pudo escuchar los gritos desgarradores de los tripulantes que habían sido alcanzados por aquella fría llama que, sin embargo, los devoraba con mayor rapidez y crueldad aún que una de fuego corriente. Aquellos desgraciados, envueltos en un fatídico resplandor de tono violeta, corrieron unos cuantos metros, antes de derrumbarse agonizantes, empapados de radiactividad hasta la medula de los huesos.

Aprovechando la coyuntura, Stefan se metió de un salto en la esclusa. Moyna le aguardaba allí, temblando por su suerte.

—¿Estás bien? —inquirió la muchacha.

—Sí —contestó él, manejando apresuradamente unos controles—. Aunque uno de les motores está en fase inestable y no sé si me habrá alcanzado algo de la radiactividad descargada. Pero esto es lo de menos hora; más adelante lo podremos ver.

En la esclusa, de relativa amplitud, había dos compuertas. Una de ellas servía para salir al espacio exterior, y otra de ellas, de forma circular, con el diámetro apenas suficiente para que un hombre pudiera pasar, daba al interior del bote salvavidas correspondiente a aquel costado de la nave. Stefan oprimió un control, y al instante el circulo empezó a rodar por unos carriles guía, dejando ver el interior de la navecilla allí adosada.

Empujó a Moyna, oyendo los alaridos de pánico de los forajidos, al ver que la cámara de energía estaba derramando sus mortíferos rayos radiactivos por la puerta abierta de par en par. Stefan se imaginó también que el motor inestable acabaría «contagiando» a los demás y entonces vendría la absoluta destrucción de la astronave.

Cerró la compuerta por la parte exterior, y se acomodó en el asiento del bote. Manejó los mandos de éste, haciéndolo estanco, y cuando lo tuvo todo listo, oprimió el botón de despegue.

Las correas se les clavaron en los hombros cuando la pequeña navecilla saltó a un lado, apartándose de la órbita de la «Leverrier». Ésta disminuyó rápidamente de tamaño, fundiéndose con la negrura del firmamento en unos cuantos segundos.

Stefan procuró apartar al bote todo cuanto pudo, con objeto de evitar, en lo posible, ser alcanzados por los efectos de la explosión que sin duda iba a tener lugar dentro de muy pocos momentos. Sus ojos y los de Moyna, en tanto el bote viajaba por el espacio a velocidades terroríficas, no se apartaron de aquel punto.

Unas rayas rojas aparecieron, semejantes a estelas de cohetes, de un lugar del cielo que Stefan supuso ocupado por la «Leverrier», alcanzando una terrible velocidad en contados instantes. Pero, casi al momento, ocurrió la explosión.

Gigantescas llamas de todos los colores, predominando entre ellos un violeta intensísimo, barrieron la obscuridad del espacio. Algunos de aquellos trazos rojos fueron alcanzados por la explosión y absorbidos por ella. Pero un par de ellos continuaron su marcha velocísima, fundiéndose con las tinieblas en un tiempo excepcionalmente breve. Stefan soltó una maldición.

—¿Qué te ocurre? —inquirió Moyna, extrañada.

—Nada... excepto que vamos a dirigirnos a Plutón 50 ahora mismo. Mucho me temo que ese canalla de Hari haya tenido la inmensa suerte de salir con bien del estallido..., ¡y apostaría doble contra sencillo a

que en estos momentos se dirige a su cubil!

CAPÍTULO VIII

El interior de los botes salvavidas, forzosamente había de estar muy bien aprovechado, dado que eran un medio y no un fin. Un par de asientos en la parte delantera para el piloto y copiloto; apenas inmediatamente detrás, media docena de literas distribuidas en dos partes de tres cada una, superpuestas; en el centro, una mesita retráctil, y luego un pequeño espacio, con diversos armarios en los cuales habla víveres

y alguna escafandra de vacío, amén de un minúsculo cuartito de aseo, constituían todo el utillaje interno de los botes salvavidas. Su aspecto recordaba en mucho al de los primitivos cohetes-lanzadera que unían la Tierra con las bases orbitales que giraban en torno al planeta, y de las cuales partían las naves espaciales antes de que se hubiera descubierto el sistema antigravitatorio que permitía los despegues y aterrizajes directos, sin pasar por la enojosa etapa de dichas estaciones del espacio. Incluso iban provistos de un par de alas triangulares, situadas en la cola del cuerpo, largo, ahusado, que servían para un aterrizaje de emergencia en caso de un posible fallo del sistema antigravitatorio en planetas con atmósfera de densidad similar a la terrestre.

Stefan había recobrado ya su aspecto normal una vez en el bote, pero al séptimo día de travesía empezó a dar señales de mal humor, pacientemente soportadas por la muchacha. Los víveres no escaseaban, puesto que contaban con las raciones para seis personas, capacidad de la navecilla, pero en cambio habían tenido que suprimir el aflujo de combustible a los motores, volando en órbita libre, al objeto de poder contar con el necesario para su llegada a Plutón 50, ya que se habían separado de la destruida «Leverrier» mucho antes de lo pensado, y el establecimiento de la trayectoria les había costado un trabajo infinito. Se habían visto precisados a obtener una órbita que pasase muy lejos de cualquier astro que hubiera podido arrastrarlos hacia ellos con la potencia de su fuerza gravitatoria y la acción les había hecho gastar una terrible cantidad de combustible, hasta tal punto que Stefan dudaba de que les restara el suficiente para un

aterrizaje correcto, fuera de la clase que fuera.

Moyna, por su parte, se dio cuenta de lo que pasaba en el interior del ánimo del joven, merced a su fino instinto de mujer. Dominó, no obstante, sus sentimientos y procuró no importunarle con preguntas que sólo hubieran conseguido exasperarle más todavía.

Doce días después de su salida de la «Leverrier» el joven estaba a punto de estallar. Fumaba incesantemente, y el suelo estaba lleno de colillas en torno suyo. Moyna trató de evitar la explosión y se le acercó, poniéndole suavemente una mano en el hombro.

—Stefan —murmuró la mestiza.

—¿Qué quieres, Moyna? —dijo él, sin volverse, mirando las estrellas a través del ventanal de la navecilla.

—Abandona tu venganza.

—¿Eh? ¿Qué has dicho? —se volvió, girando en redondo, gritando casi.

Moyna soportó impávida la fiera mirada del joven.

—Lo que has oído, Stefan: que olvides tus propósitos.

—¿Y qué quieres que haga entonces?

—Cualquier cosa. Eres joven aún, Stefan, pero has podido fundar una familia hace mucho tiempo, estableciéndote definitivamente en cualquier sitio. Incluso en Diuhaut —agregó la muchacha, pues conocía la amistad del joven con Bashur.

—¿Contigo?

Moyna meneó la cabeza.

—No. Yo soy solamente una mestiza que no puede aspirar al matrimonio con un blanco terrestre. Pero en Diuhaut hay infinidad de bellísimas mujeres que suspirarían gozosas por una sola palabra tuya de amor.

—En mi corazón no hay sitio para el amor; solamente hay cabida para la venganza.

—El odio no proporciona la felicidad, Stefan. O acaso esté yo equivocada al juzgarte en estos momentos, y lo que te preocupa es el

no estar al lado de Beatriz Lynton.

El joven acusó el golpe.

—¡Beatriz! —exclamó sordamente, crispando los puños—. ¿Tú crees que yo he podido enamorarme de ella?

—¿Por qué no? Estuvimos en la «Anaconda» más de una semana y la mayoría del tiempo lo pasasteis juntos. Beatriz es joven y bella, infinitamente más que yo y... La echas de menos, ¿verdad? Creo que no me equivoco.

El joven no contestó. En lugar de ello volvió su rostro hacia el amplio tragaluz.

—En lugar de perseguir tu vengaría, debieras haberte ido con ella a Formalhaut. Estoy seguro de que Beatriz sólo aguardaba una palabra tuya para convertirse en tu esposa. Ve en su busca, Stefan, ve; es la mujer que te conviene y la que, con su amor, te hará olvidar las desdichas que has padecido estos doce años últimos.

—¡Imposible, imposible! —rugió sordamente el joven—. ¡Por encima de todo está mi venganza, Moyna!

—Desecha esas estúpidas ideas que han estado a punto de conducirte a la muerte en más de una ocasión, Stefan. Haz lo que te digo y...

Por segunda vez el joven dio media vuelta, enfrentándose con la muchacha, a la cual asió, nerviosamente por ambos hombros. Pero los claros ojos de Moyna soportaron impávidos la mirada de su interlocutor.

—¿Eres tú la que quería vengar a su padre? —estalló —. ¿Acaso has olvidado que murió en Fuerte Frío, sacrificado por la codicia y por la ambición de un hombre sin escrúpulos? ¿Dónde están tus propósitos de venganza, Moyna?

—¿De qué me serviría la venganza si no puedo devolver la vida a mi padre, Stefan?

—Tu madre murió también, aunque indirectamente, por causa de Hari. Iba a buscar a tu padre, ¿lo recuerdas?

Los ojos de la rigeliana se llenaron repentinamente de agua.

—Nada de cuanto yo haga podría devolverles la vida, Stefan. Y, por

favor, suéltame; me estás haciendo daño.

Stefan tardó aún unos segundos en obedecer el ruego de la muchacha. Después lo hizo, pero dándole al mismo tiempo un empellón que la arrojó violentamente hasta el mamparo opuesto.

—Debía haberlo supuesto—dijo con voz apenas audible—. ¡Tú, una mestiza rigeliana!

—¡Stefan!—gritó ella, sintiendo una terrible punzada en el corazón.

—¡Déjame en paz!—gritó él, exasperado—. Lo único que lamento es la estrechez de esta nave, que me obliga a tenerte presente a cada momento, aunque yo no quiera. Pero, en cuanto pueda...

En aquel momento un débil pitido procedente del receptor de radio interrumpió las palabras del joven. Éste se acercó al tablero de instrumentos, formulando unas cuantas preguntas a la calculadora de posiciones astronáuticas, contemplado por Moyna, la cual, apoyada en pie contra el mamparo, dejaba que las lágrimas, abundantes, fluyeran por sus tostadas mejillas.

Al cabo de un rato, una tira de papel con unas cifras y unas letras impresas en su blanca superficie salió de la máquina. Stefan leyó atentamente la respuesta y luego, por encima del hombro, sin mirar siquiera a la muchacha, dijo:

—Es una nave de tipo medio, apta únicamente para el transporte de pasajeros. Te transbordaré a ella y luego yo me iré a Plutón 50.

—¿Vas a despedirme, Stefan? —dijo ella, anhelosa, temblando.

—Si —replicó ceñudo el joven—; te dejaré en esa nave. Supongo que mi nombre será suficiente para que te admitan a bordo. Aunque me parece que me queda todavía uno de los diamantes irisados que me regaló Bashur, y así no tendré que pedir un favor a nadie.

Hubo unos momentos de silencio, roto al fin por la voz de la muchacha, quien, con voz tímida, dijo:

—Supongo que tu decisión es definitiva, Stefan.

El joven tardó algo en contestar, ocupado en la corrección del rumbo. Un instante se notó la trepidación de los motores en la cola de la nave y luego el suelo vibró al ser aumentada la velocidad de ésta.

—Supones bien, Moyna. Puesto que has variado de modo de pensar, tú y yo no tenemos nada que hacer juntos.

—Está bien —dijo ella—, está bien, Stefan. Ve, ve a Plutón 50 y haz que Hari te aprisione y luego se divierta arrojándote a uno de los numerosos volcanes de su superficie. Ve y sigue el camino que lleva a la destrucción, hombre de hielo, hombre que no sabes qué es una sonrisa; ve y destrúyete tú mismo, espíritu de la venganza.

—¡Déjame en paz!—chilló Stefan, descomponiéndose.

Pero Moyna se había envalentonado ya y se colocó a su lado, tomándole por un hombro y haciéndole girar a su pesar.

—¡Mírame, Stefan! Mírame y dime ahora, de una vez para siempre, si lo que buscas en estos momentos es tu venganza o la satisfacción de un orgullo mal entendido. Dime...

Pero Moyna no pudo continuar, Stefan sintió que una oleada de cólera le subía por el pecho arriba y, olvidando todo, golpeó con el revés de la mano el rostro de la muchacha. Moyna lanzó un agudo grito y se desplomó sollozante en uno de los sillones próximos.

Pocas horas más tarde, y habiéndose dado a conocer, Stefan colocó su nave al costado de la otra, cuyo capitán había aceptado admitir a Moyna a bordo. Stefan se vio obligado a pasar al otro lado, tanto para pagar el pasaje de la rigeliana con el diamante que le diera Bashur, como para, con el sobrante de éste, intentar trasvasar un poco de combustible a sus ya exhaustos depósitos.

La operación hubo de ser forzosamente un poco lenta, porque hubieron de colocarse los trajes de vacío, ya que la «Alhambra», dado su reducido porte, carecía de tubo retráctil estanco. Una vez se hubo compensado la presión atmosférica en la esclusa, Stefan y Moyna, sin el menor comentario, empezaron a despojarse de las escafandras, en tanto se abría la esclusa interior de la nave.

Pero al dar unos cuantos pasos hacia adentro Stefan se quedó clavado en el suelo al reconocer a una de las personas que había allí.

—¡Packer! —exclamó.

—El mismo, Stefan —sonrió el colonizador, de una manera extraña que el joven no supo adivinar.

Stefan vio por encima del hombro varios personajes más, uno de ellos,

indudablemente, el capitán de la nave. Dos eran un hombre y una mujer, de mediana edad ambos, próximos a la cincuentena y de aspecto tímido y un tanto aldeano, cosa ésta sobre todo que no dejó de extrañar a Stefan. Aquella pareja, saltaba a la vista, se veían incómodos viajando por el espacio.

—¿Qué hace usted aquí, Packer? —inquirió el joven, al fin, cuando se hubo rehecho totalmente de la sorpresa.

—¿No cree que, con el mismo derecho, podría hacerle yo idéntica pregunta? —sonrió el colonizador. ,

—Está bien; se lo diré, Packer. He venido a tratar con el capitán de esta nave sobre el pasaje de la señorita Forrester, para lo cual estoy dispuesto a abonar el precio correspondiente.

—Entonces —dijo Packer, de manera sorprendente— trate conmigo.

—¿Eh, qué está diciendo?

—Lo que oye, Stefan. Yo soy el fletador de la «Alhambra», y su piloto, el capitán Olavsen, hará lo que yo le diga.

El joven miró inquisitivamente a Olavsen. Éste carraspeó y dijo al fin:

—Es cierto, Stefan. Así se estableció en el contrato, y yo sólo tengo el mando de la nave en el aspecto puramente astronáutico. Pero en lo referente a admitir y despedir pasajeros, el señor Packer es quien dispone.

—Todo esto es muy extraño —murmuró el joven—. Según tengo entendido, usted andaba en grandes dificultades con su granja de Carinthia. ¿Qué diablos hace usted por el espacio? Y, sobre todo, ¿de dónde sacó el dinero para pagar el importe del flete?

—Eso no le importa a usted, Stefan —se envaró el colonizador, muy orgulloso y estirado.

—Me parece que se está equivocando, Packer, Creo que sí, que me interesa, y mucho más de lo que usted está pensando. ¿Tanto han dado de sí los billetes que le entregó como obsequio el asesino de su hermano?

—Es una cuestión mía en la que usted no tiene por qué entrometerse, Stefan —dijo malhumorado el colonizador.

Una chispa de luz alumbró súbitamente la imaginación del joven. Extendió su dedo índice hacia Packer.

—¿En cuántos centímetros me equivoco si le digo que la «Alhambra» se dirige en estos momentos hacia Plutón 50, Packer?

El aludido palideció levemente. Stefan rio jubiloso porque su flecha había dado en el blanco.

—Sí, ya me lo suponía yo —dijo—. Es un traidor, Packer…

—¿Traidor a quién, Stefan? Hago lo que más me conviene en estos momentos, ¿comprende?

—Está vendiendo la sangre de su hermano, Judas—tronó el joven.

—¡Eso es cuenta mía! —chilló Packer nerviosísimo.

—¿Cuánto le dio el asesino por su silencio, Packer?

Hubo un momento de tenso silencio. Al fin, el granjero explotó.

—¡Sí, es cierto! —aulló—. Ese hombre me pagó y yo acepté. ¿Y sabe por qué, Stefan? En primer lugar, porque nadie va a revivir a mi hermano. Y en segundo, porque ahora voy a Plutón 50, donde me espera un buen fajo de billetes y un permiso de reinmigración a la Tierra, ¿entiende? Estoy más que harto de roturar la tierra de Ekozion, rompiéndome el espinazo doce horas diarias. Quiero volver a la Tierra y no trabajar más o, por lo menos, hacerlo en una cosa que me agrade, ¿me ha oído usted?

Stefan aguantó impasible el roción que le largara el colonizador. Miró por encima de su hombro.

—Seguro que esas dos personas que hay detrás de usted también van a Plutón 50 para recibir una recompensa similar por su silencio, ¿no es cierto, Packer?

Éste asintió, sonriendo desdeñosamente.

—Sí, Stefan. Me había olvidado de presentárselos antes, cometiendo una descortesía que estoy dispuesto a subsanar ahora mismo. Stefan, tengo el gusto de presentarles a Juan Manuel y Lorenza Álvarez, hermanos de Pedro Álvarez.

El joven avanzó unos pasos, echando a un lado a Packer. Se colocó frente a los hermanos Álvarez, los cuales, aturdidos, se sintieron

incapaces de soportar su dura mirada.

—Señora Álvarez, señor Álvarez, ¿están seguros de que van a obtener lo que tanto ansían? ¿No les remorderá la conciencia un día por saber que el asesino de su hermano vive tranquilamente, regodeándose con el producto de su crimen, habiendo comprado su silencio por una miseria? ¿No se sienten como Judas al traicionar al Maestro?

Los hermanos Álvarez bajaron a una la cabeza, profundamente avergonzados. Packer dio un paso al frente.

—Stefan, usted no tiene derecho...

Pero el joven extendió la mano, apartando al importuno.

—¡Déjelos que sean ellos mismos los que den la respuesta! ¡No se interfiera para nada o le daré qué sentir, Packer!

—Pues bien —empezó diciendo Juan Manuel Álvarez—, nosotros... la verdad, estamos de acuerdo con lo que dice el señor Packer y... Mire usted, Stefan, nosotros somos pobres, y el dinero que nos van a dar, junto con el permiso de reinmigración, nos servirá para instalarnos en nuestro país natal, allá en Guatemala... Allí viviremos los pocos años que nos quedan de vida y...

—¡Imbéciles! ¡Hipócritas!—gritó el joven, furiosísimo—. Pero ¿es que no están viendo que lo que quiere el asesino es asegurarse su silencio «definitivamente»? No con dinero ni permisos de reinmigración, sino liquidándolos para que en ningún momento puedan hablar. Esto es lo que les espera si hacen caso de unas falsas promesas, ¿me entienden?

—Oh, no, no —dijo Álvarez—: el señor Packer es muy amigo nuestro, desde hace muchos años, y no toleraría llevarnos a un sitio donde pudiéramos sufrir lo más mínimo, ¿no es así, Aarón?

—Tú lo has dicho, Juan Manuel —contestó el interpelado, tras breve carraspeo.

Stefan volvió la cabeza.

—¿Y usted era el hombre que me aseguraba no saber la dirección de los Álvarez, Packer! Está bien; visto ya todo, aquí no me queda otra cosa que hacer. Capitán Olavsen, tengo un diamante irisado altairiano, con el cual puedo pagar incluso su nave. Pero como respeto los contratos lo único que pretendo a cambio de esa gema es un poco de combustible para mi bote.

Olavsen vaciló. Packer dio un salto hacia adelante.

—¡Ni hablar! ¡No se lo permitiré, Olavsen!, ¿me ha oído?

El capitán se encogió de hombros.

—Ya lo ve usted, Stefan; yo no soy el dueño de mi nave. El señor Packer la fletó y...

—¡No se moleste en darme explicaciones! —cortó el joven,, quien, casi sin darse cuenta de lo que hacía, tomó el brazo de la rigeliana—. ¡Vámonos, Moyna; llegaremos a Plutón 50 aun cuando tengamos que empujar nuestro aparato!

—No hará falta tanto trabajo, Stefan —dijo de pronto Packer.

El trovador se volvió, como, picado por un áspid.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que está diciendo, Packer?

—Lo que oye, rascatripas —dijo el granjero con perversa sonrisa. De pronto sacó una pistola y lo encañonó, ordenando—: No se mueva, Stefan. Yo los llevaré a Plutón 50 y les aseguro que no pienso cobrarles nada por el viaje. Ya habrá quien abone su importe por usted y la chica.

Cogido por sorpresa, Stefan tardó unos segundos en reaccionar. Olvidando que llevaba puesto aún el traje de vacío, Intentó arrojarse sobre Packer, pero sus movimientos resultaron muy lentos y torpes a la fuerza.

Antes de que hubiera podido evitarlo, algo muy duro y pesado cayó sobre su frente con terrible fuerza. Una lanza de ardiente dolor traspasó el cráneo del joven, el cual se sintió inmediatamente hundido en una negra oscuridad, a la cual llegaban muy débilmente los gritos de Moyna. Perdió las fuerzas y, de pronto, se desvaneció totalmente.

CAPÍTULO IX

El nombre de Plutón, aunque fuera seguido de una cifra ordinal, estaba harto justificado en aquel planeta, perdido en los abismos

siderales de la Constelación del Cisne. A lo lejos, pareciendo apenas un disco insignificante, brillaba la estrella Gamma, cuyos pálidos resplandores apenas si proporcionaban a la helada superficie de aquel mundo sombrío algo más que apenas una difusa luz que servía lo suficiente para no tropezar con los obstáculos del terreno.

Por supuesto, la vida en Plutón 50 hubiera sido insoportable de no haber sido un planeta eminentemente volcánico, lo cual hacía que su superficie, en lugar de hallarse a una temperatura muy próxima a la del vacío sideral, «disfrutara» de una media de —20° grados, con lo cual la inmensa mayoría de su suelo estaba cubierto por hielos eternos, que proporcionaban un fantasmagórico aspecto al planeta, al mismo tiempo que, reflejando la luz de Messier 29, aumentaban notablemente la visibilidad en el mismo.

Pero, además, había otra cosa que singularizaba a aquel planeta y eran los innumerables conos volcánicos, la mayoría de ellos montañas elevadísimas, que permanecían arrojando fuego y humo eternamente, alumbrando sus alrededores con las rojas antorchas que ardían perennemente en sus cráteres, y arrojando, muchos de ellos, ríos de lava en estado de incandescencia, la cual, no obstante se solidificaba a escasa distancia de la boca de salida del volcán.

El espectáculo, precisamente en el lugar donde aterrizara la «Alhambra», era grandioso, al par que sobrecogedor. El cielo de Plutón 50, en aquel sector, estaba enrojecido por los incendios volcánicos, cuyas llamas, partiendo ya de una altura media de tres a cuatro mil metros, alcanzaban al menos otro tanto, dispersando en parte las tinieblas, para- transformarlas en una noche de trasgos y fantasmas que ni siquiera un Edgar Allan Poe hubiera sido capaz de imaginar.

Era un espectáculo dantesco.

El hielo parecía rojo al reflejar las llamas de los volcanes de aquella región, de los cuales se divisaban, en todo cuanto alcanzaba la vista, al menos un centenar ardiendo furiosamente y haciendo estremecerse con cierta frecuencia el suelo del planeta. La atmósfera era respirable, aunque con el inevitable olor sulfuroso, propio de las zonas volcánicas. El termómetro señalaba en aquellos momentos —13°, de modo que, con ropa adecuada, de que estaba provista la astronave, los expedicionarios podían soportar perfectamente aquella temperatura.

El capitán Olavsen no perdió mucho tiempo después del aterrizaje de la «Alhambra» sobre el helado suelo del planeta. Apresuradamente hizo que descargaran un pesado tractor para nieve, con cabina

estanca, así como unos cuantos fardos de víveres y utensilios, y en cuanto estuvo listo cerró las compuertas y salió disparado al espacio

Apenas se hubieron quedado solos en aquel sombrío mundo, en el que, sin embargo, el ruido y la agitación eran incesantes, Packer, que no había soltado un solo momento la pistola, miró a Stefan.

El joven tenía las manos esposadas y no había hecho la menor petición por librarse de sus metálicas ligaduras. A su lado, Moyna, impasible, contemplaba al colonizador, un poco más allá del cual estaban los Álvarez temblando de frío, a pesar de llevar más ropa que ninguno, y seguramente, en opinión de la muchacha, arrepentidos de la aventura en que se habían metido, embarcados y sugestionados por su amigo Aarón Packer.

—Stefan —dijo el colonizador—, usted va a manejar este cacharro. Le soltaré las esposas, pero quiero advertirle antes de que, al menor movimiento sospechoso, le saltaré la tapa de los sesos, ¿me ha entendido?

—Su lenguaje, Packer, es sorprendentemente fluido y grato para quienes tienen la óptima dicha de poderle escuchar. Sí, me doy por enterado de sus indicaciones. ¿Hacia dónde quiere que les conduzca? ¿No le parece que sería mucho más cómodo trepar hasta la cumbre de uno de estos volcanes y arrojarse en él de cabeza? Padecerían menos, con toda seguridad, que en manos del que asesinó a los habitantes de Fuerte del Frío.

—¡Eso no le importa a usted! —gruñó Packer, descontento—. Vamos, suba y acabe con su maldita charla de una vez.

—Hay muchos que gozaban oyendo mi voz, Packer —sonrió el joven.

—A mí me levanta dolor de cabeza, Stefan, ¡Andando!

Las cinco personas, subieron al tractor, siendo el último el granjero, quien se colocó en la parte trasera, de modo que pudiera vigilar convenientemente a Stefan y Moyna. Los hermanos Álvarez eran un par de comparsas, asustados y arrepentidos de haber dejado llevar las cosas a aquel punto. Si en aquel momento hubieran podido devolver el dinero a condición de ser reintegrados a Carinthia lo hubieran hecho de bonísima gana. Pero ya no había medio de echarse atrás; era preciso continuar hacia adelante, costase lo que costase.

Stefan dio contacto y el momento se puso en marcha el motor. Hizo bajar la semiesfera transparente que cerraba la amplia cabina del

tractor, y luego puso en funcionamiento el dispositivo acondicionador del aire, con lo cual la temperatura se hizo grata en el interior del vehículo. Después embragó y el artefacto saltó hacia adelante, despidiendo sus orugas sendas nubes de hielo y nieve pulverizados.

Packer extrajo un mapa que colocó sobre las rodillas, y que estudió en tanto el tractor avanzaba bastante aprisa por un suelo relativamente llano. El granjero levantó la vista varias veces, comparando el panorama visible con las indicaciones de la carta, y de pronto dio una orden:

—A la izquierda, Stefan. Métase por ese valle.

El joven obedeció, haciendo virar el tractor. Realmente, aquel paisaje superaba todo cuanto la fantasea más desatada hubiese sido capaz de concebir.

A uno y otro lado, altísimas montañas, cubiertas de hielo en la mayor parte de sus flancos, flanqueaban la ruta que seguían, estando separadas sus cimas por apenas una distancia de ocho o diez kilómetros, con lo cual, y como su altura era por lo leños de cuatro mil, más parecía un gigantesco barranco o cañón que un valle en realidad. Pero, además, la inmensa mayoría de las cimas eran cráteres en plena ebullición, lo cual daba la sensación de que una doble hilera de imaginarios gigantes les escoltaban en su ruta, alumbrándoles con sus colosales antorchas. De alguno de los ardientes cráteres salían ríos de encendida lava, que corrían humeantes por las laderas, hasta enfriarse totalmente en algún punto donde el calor del volcán ya no llegaba. La longitud del valle no podía preverse, puesto que el panorama se prolonga hasta allá donde alcanzaba la vista.

Durante un buen rato continuaron viajando en silencio, sin que únicamente se oyera otro sonido que el monótono matraqueo de las orugas del artefacto. La relativa planicie del suelo permitía una buena marcha, y durante aquel espacio de tiempo avanzaron una considerable cantidad de terreno.

Mientras tanto, nadie despegó los labios a bordo del tractor. En silencio, salvo los inevitables ruidos del vehículo, era absoluto, pero dando, además, la sensación de ser el prólogo del final de un drama cuyo momento culminante estaba a punto de producirse.

Súbitamente, de un modo casi inesperado, llegaron a un punto en donde el valle, de apenas quinientos metros de anchura, en su parte inferior, se ampliaba en una extensión cinco o seis veces mayor, pero

de forma circular, sin otra entrada que aquella que acababan de utilizar. Parecía un enorme circo o anfiteatro de escarpadas paredes, en el cual abundaban los cráteres llameantes en su parte superior,

Había uno, sin embargo, a media altura, con su boca inclinada, por la cual, y en movimiento incesantemente continua, brotaba un ancho río de lava en estado de fusión, a elevadísima temperatura, que corría por las laderas de la montaña, hasta formar un enorme lago en uno de los costados del circo, y del cual salían espesas fumarolas con penetrante olor a azufre.

Casi al mismo tiempo que hablaba el granjero, Stefan distinguió, al lado opuesto del lago de lava, dos enormes astronaves, detenidas la una al lado de la otra, brillando sus metales enrojecidos, al reflejar los volcánicos resplandores, como si estuvieran recién salidas de un alto horno.

—¡Ah, aquí es! —exclamó, muy satisfecho al parecer, el granjero—. Guíe hacia las naves, Stefan.

Éste hizo girar levemente al tractor en la dirección señalada, dándose cuenta de que había varios hombres al pie de las naves contemplando su arribada. Supuso que serían los esbirros de Hari y apretó, los dientes, diciéndose que ya no podía hacer nada por evitar su destino. No ganaría nada aunque, haciendo un esfuerzo desesperado, se arrojara sobre Packer y lo desarmara, puesto que ¿de dónde iba a sacar una nave que lo alejara de aquel siniestro planeta?

Detuvo el tractor en el lugar que le indicó el granjero, al mismo tiempo que varios hombres armados se acercaban al vehículo. Resignado, levanto la capota y luego saltó al suelo, ayudando a hacer lo propio a la muchacha.

La primera persona que se le acercó fue el asesino en persona, sonriendo a través de la capucha de pieles que le cubría el cráneo. No necesitaba llevar armas; sus hombres las empuñaban por él, de modo que los prisioneros vieran que toda escapatoria era imposible.

—Me alegro mucho de verte de nuevo, Stefan —sonrió Hari—. Fuiste muy hábil y muy valiente destruyéndome la «Leverrier», pero me imaginé lo que iba a ocurrir, de modo que tuve el tiempo justo de salir pitando con un cohete salvavidas antes de que se desintegraran los motores de la nave.

—Me supuse que sería usted uno de los que lograron salvarse de la catástrofe. Está bien, acabemos de una vez. ¿Qué va a hacer conmigo?

—¿No te lo imaginas, Stefan? —rio el forajido—. Suprimir un estorbo. Pero no ahora, sino más adelante, cuando yo lo juzgue oportuno. Entretanto, mis hombres os llevarán a ti y a la mestiza al alojamiento que os tengo preparado.

Hari hizo un movimiento con la cabeza y cuatro esbirros se aproximaron colocándose a ambos lados de la pareja. Pero entonces Packer avanzó un par de pasos.

—Capitán Hari, ¿y nosotros?

El aludido se frotó pensativamente la mandíbula, mirándolos de soslayo.

—Ah, sí, es cierto —murmuró—. Sí, tengo que ajustar cuentas con ustedes. Por fortuna se salvó mí segundo Stimson, en quien verdaderamente puedo confiar. ¡Stimson!

—¡A la orden, señor!—repuso el aludido.

—Déles a mis amigos Packer y hermanos Álvarez lo que les prometí. Así guardarán siempre silencio, ¿no es cierto?

Packer se volvió hacia los Álvarez, frotándose las manos de gusto.

—¿Qué? ¿No les decía yo que el capitán Hari era una excelente persona? Ahora nos iremos a la Tierra y...

Pero el granjero se detuvo repentinamente al ver la horrorizada expresión que se reflejaba en los rostros de los dos hermanos. Se volvió y lanzó un aullido de pánico. Stimson tenía una pistola en la mano.

Moyna se volvió, ocultando su rostro en el pecho del joven para no ver aquella horrible escena. El grito de pavor de Packer fue cortado en seco cuando Stimson, glacialmente, le fulminó con una descarga electrónica que lo redujo a carbón en unos segundos. Juan Manuel y Lorenza Álvarez echaron a correr, desalados, pero eran muy lentos para aquellas descargas.

Un intenso hedor a carne quemada se expandió por el ambiente. Stefan, rojo de ira, sintió que se le desataban los nervios, y apartando violentamente **a** Moyna intentó abalanzarse sobre Hari.

—¡Canalla! ¡Asesino!

Pero Stimson se colocó en medio, deteniéndole con la pistola.

- ¡Quieto, Stefan! ¡No se mueva o...!

—Le conviene moderar sus gestos, amigo Stefan —sonrió cínicamente Hari—. Todavía ignora usted muchas cosas que no ha de tardar en saber y entonces acaso concluya por aprobar mi actitud.

- ¡Nunca podré estar de acuerdo con un hombre que es capaz de asesinar a sangre fría, Hari!

El forajido se encogió de hombros.

—Me es lo mismo, Stefan. Bueno, por ahora ya hay bastante. En el alojamiento que le he preparado le guardo también una sorpresa. Se alegrará bastante, Stefan. Vaya y siga a Stimson; le aseguro que no le pesará.

Si joven lanzó una última mirada de odio a Hari, pero empujado por los secuaces de éste se vio obligado, lo mismo que Moyna, a continuar su camino. Stimson les guió, llevándolos al otro lado de las astronaves, al pie de una ladera montañosa, en la cual se abría la negra boca de una cueva practicada en la roca misma.

Al entrar en la cueva, Stefan se dio cuenta inmediata de la súbita elevación de la temperatura, lo cual, se dijo, no podía ser debido a otra cosa que a la actividad volcánica del planeta. El final de la cueva estaba obturado por una puerta metálica, que el propio Stimson abrió mediante el sencillo procedimiento de utilizar una llave.

Al otro lado de la puerta la temperatura era aún mayor, por lo que el segundo les aconsejó se despojaran de las ropas de abrigo. Así lo hicieron, y mientras tanto Stefan estudió el interior de la oquedad, dándose cuenta de que estaba bastante bien amueblada y que en diferentes lugares de la misma se abrían puertas que debían dar, sin duda, paso a otros habitáculos excavados en el interior del volcán.

Stimson hizo una señal con la mano.

—Pasen por aquella puerta; es la que da al salón de reuniones.

Stefan y Moyna obedecieron, intrigados, pero apenas habían traspasado el umbral el primero lanzó una doble exclamación de asombro.

—¡Bashur! ¡Beatriz!

Los mencionados, que se hallaban hablando con unas cuantas personas también allí reunidas, se volvieron instantáneamente. Beatriz y el rey de Altaír corrieron hacia los recién llegados.

—¿Cómo es eso? —gruñó Bashur—. ¿También a ti te atraparon, Stefan?

—Sí, claro...—y entonces un vivísimo relámpago iluminó la mente del joven—. ¿Quiere decir esto que tú eres prisionero de Hari, Bashur?

—Así es —murmuró melancólicamente, el aludido—. Es la primera vez que me sucede tal cosa, y creo que, a partir de ahora, si salgo con bien, no podré mirar a nadie a la cara. A nadie que no haya nacido en Altair, por supuesto.

—No lo entiendo, Bashur—dijo el joven, pasándose una mano por la frente. Empezó a notar que le molestaba el calor de aquel antro—. Tú no debías estar aquí, sino en...

Beatriz se adelantó y tomó apasionadamente entre las suyas las manos del joven.

—Fui yo quien tuve la culpa, Stefan —y acto seguido le explicó lo ocurrido desde que fuera a ver a Bashur hasta su salida de Diuhaut.

—Pero yo fie en mis fuerzas —se lamentó melancólicamente el rey —, y este pájaro de Hari nos atrapó como a corderillos.

Stefan se enderezó.

—Creo que nadie mejor que tú puede arreglar las cosas de modo satisfactorio, Bashur. Posees una fortuna colosal, prácticamente sin límites, y Hari es un hombre que no busca otra cosa que su lucro personal, de manera que...

Pero el rey de Altair meneó la cabeza con pesimismo.

—¡Ay de mí, Stefan! Mucho me temo que Hari pretende algo más que el lucro en esta ocasión. Pero creo que Beatriz te lo explicará mucho mejor que yo. Anda, Beatriz, háblale tú.

La joven asintió y tomó el brazo de Stefan.

—Ven, buscaremos un lugar apartado donde pueda explicarte las cosas con más tranquilidad.

Stefan obedeció, terriblemente intrigado por el giro que estaban

tomando los acontecimientos y, con no poco asombro por su parte, vio que Beatriz le conducía a una estancia vecina, sin que al parecer, nadie tratase de impedírselo. Allí había una mesa con servicio de licores, así como varias sillas, en una de las cuales se sentó Beatriz, no sin antes haber vertido un poco de vino en sendas copas, una de las cuales ofreció al joven.

—Toma y bebe, Stefan. Es terrestre legítimo.

El joven obedeció, bebiendo un sorbo.

—Veo que Hari se sabe cuidar —dijo.

—Sí —repuso la muchacha con fingida indiferencia—. A mi padre siempre le gustaron las cosas buenas, Stefan.

Hubo unos instantes de espeso silencio, roto por el ruido de la copa que tenía el joven en las manos al quebrarse en el suelo.

—¿Has dicho... tu padre...? —balbuceó, sin creer lo que habla oído.

Beatriz se puso en pie, dejando su copa sobre la mesa.

—Sí, mi padre —afirmó con calor—. Mi padre, que no se llama Hari, sino Ted Farquhart.

Stefan retrocedió un paso, con los ojos llenos de horror y asco al mismo tiempo.

—¿Tu padre? —repitió mecánicamente—. ¿Tú... la hija de un asesino?

—Puede que así sea desde tu punto de vista, Stefan. Pero yo miro sus actos de otra forma, y sé que no le quedó otro remedio que obrar en la forma que lo hizo.

—Es natural que una hija encuentre justos los actos de su progenitor —dijo amargamente el joven—. Pero dime, Beatriz, ¿encuentras también lógico el que hace tan sólo unos minutos haya ordenado asesinar a tres personas que confiaban en él?

—Sí. Y puedo asegurarte que Packer y los hermanos Álvarez merecían la muerte.

—¿Lo mismo que los asesinados en Fuerte del Frío, Beatriz? —gritó Stefan.

Beatriz enrojeció.

—Aquello... aquello —dijo al fin— fue en parte independiente de su voluntad. Su obligación consistía solamente en eliminar a Kr'aash, el altairiano.

—¡Pero murieron los otros también! ¡Y yo mismo estuve a punto de perecer, recuérdalo!

Los ojos de Beatriz se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, Stefan!—exclamó,—. Quisiera que me creyeras, sin necesidad de más explicaciones. Si me amaras tan sólo un poco...

—¿Quién te contó ese cuento, muchacha? ¿Quién te hizo creer que yo te amaba, Beatriz? —rio el joven, con duro sarcasmo.

Beatriz se llevó las manos al pecho, retrocediendo, como si la hubieran golpeado en aquel lugar. Abrió los ojos desmesuradamente.

—Luego entonces... ¿no es cierto, Stefan?

—No te dije yo nunca nada de eso —contestó él brutalmente—. Y si te habías hecho alguna ilusión, olvídate de mí.

Beatriz se irguió.

—Ya sé lo que te ocurre ahora, Stefan. Me crees la hija de un asesino, ¿no es cierto?

—¿Y qué otra cosa eres, Beatriz? Tu padre es un hombre sin conciencia, sin escrúpulos de ninguna clase, para quien la vida de un semejante, como acabo de ver, no tiene la menor importancia. ¿Puedo yo cerrar los ojos ante tales hechos y, olvidándolo todo, casarme con la hija de un hombre que merece mil veces la muerte?

—Stefan, Stefan, eres terriblemente injusto —se dolió ella—. Hablas sin un conocimiento exacto de la situación.

—Me basta con lo que sé —dijo él obstinadamente.

Beatriz retrocedió un par de pasos, mirándole con ojos de fuego.

—Tenía entendido que eres un hombre de hielo, pero debajo de esa capa helada hay además un corazón de piedra, incapaz de conmoverse por nada ni por nadie. ¿Te he engañado alguna vez, Stefan?

—Sí —casi gritó él—; cuando en la «Anaconda», una vez asaltada por los hombres de tu padre, fingías desconocerlo y discutir con él, como

si verdaderamente fuera un pirata para ti.

—Aquello era necesario, Stefan. Era necesario —repitió Beatriz—, para llegar aquí.

—Pues bien, ya estamos —dijo él, cruzándose de brazos—. Ya estamos en vuestro poder. Incluso el infinitamente rico rey Bashur. ¿Qué más podéis desear tú y tu padre?

La muchacha se le acercó, apoyándole ambas manos en los hombros.

—Mi padre —dijo mirándole intensamente—, te explicará luego lo que quiere de ti. Y lo que yo quiero es...

El joven se echó a reír. Pero, cosa curiosa, Beatriz observó que en su rostro no se movía ni un solo músculo; únicamente se oían los sonidos que salían de su garganta, en forma de roncas carcajadas.

—Ya sé lo que quieres de mí, Beatriz, ya lo sé. Pero ahora dime: suponiendo que yo lo olvidara todo, ¿serías capaz de casarte conmigo? ¿Lo juras?

—¡Sí, Stefan!—gritó ella apasionadamente.

—Pues entonces, ¡mira, mira con quién te vas a casar y dime si mi rostro no te recordará eternamente, mientras vivas, todas las felonías cometidas por tu padre! ¡Mira, Beatriz, mira!

Y con rápido gesto, Stefan se llevó la mano al rostro, tirando de algo que parecía su propia piel, que se despegó con suma facilidad. Entonces, Beatriz, sin poderse contener, lanzó un agudísimo grito de horror, al mismo tiempo que retrocedía hasta que su espalda chocó contra el muro de la roca viva en que estaba excavada la gruta.

Simultáneamente, un hombre abrió la puerta y avanzó un par de pasos hacia los dos jóvenes.

CAPÍTULO X

No se sentía con fuerzas Beatriz para mirar aquel horrible rostro, surcado de cicatrices que lo deformaban espantosamente, con dos

orificios en lugar de la nariz, torcida la boca en un ángulo increíble y hasta carente de pabellones auriculares. Era una espeluznante máscara de fealdad que repelía y daba náuseas sólo con mirarla, pareciendo imposible que de aquella boca, que más parecía de un monstruo que de un ser humano, salieran los melodiosos sonidos que habían embrujado a toda la Galaxia.

—¡No, no es posible! —murmuró la joven, retrocediendo, dando media vuelta para no contemplar aquel rostro, estremecida de asco y espanto al mismo tiempo.

Una hedionda mueca, que quería ser una sonrisa, apareció en el deformado rostro de Stefan. Con lentos ademanes, se colocó la máscara de flexible plástico que le había servido de rostro durante doce años, y luego se dio cuenta de que había alguien más en la estancia.

Ted Farquhart dio unos pasos hacia adelante.

—Lo siento, Stefan; nunca creí que mi acción hubiera podido dar unos resultados tan desastrosos.

Stefan se enderezó.

—No se preocupe, Farquhart; lo hecho, hecho está. Pero, ahora que ya estamos en el final de la tragedia, llámeme por mi verdadero nombre. Es Abel Cheramy, ¿no lo recuerda?

—Sí, Cheramy. Es más, le diré que siempre lo supe. Tú eras el único en Fuerte del Frío, en aquellas desoladas latitudes, que tenía humor para cantar y reír. Después de aquello, habiendo sobrevivido a la catástrofe, te dedicaste por entero a la música, ¿no es así?

—Y a la venganza, no lo olvide, Farquhart.

El aludido avanzó hasta la mesa, en donde, pensativamente, se sirvió una copa de vino, que bebió de un solo trago. Encendió un cigarrillo y luego miró al trovador.

—Me has estado persiguiendo durante doce años largos, Cheramy, y yo siempre te he huido. En tu opinión, claro está, porque yo te esquivé siempre con la mayor facilidad, y de haberlo querido, hubiera podido matarte en cualquier momento.

—No será porque no lo intentó, Farquhart. Recordemos solamente el atentado de Carinthia; con éste tenemos más que suficiente.

—Fue una advertencia tan sólo, Cheramy.

—Pero que mató a la señora Parthum, Farquhart.

—Se lo merecía aquella vieja bruja, créeme, Cheramy. Y si yo solté la descarga a través de los comunicadores, fue porque sabía que ella iba a escuchar nuestra conversación. No, aunque no te lo creas, la descarga no era para ti, sino para ella.

—No entiendo —murmuró el joven, sintiéndose terriblemente confuso.

Farquhart se sentó, cruzando displicentemente una pierna sobre la otra.

—Será mejor que empecemos por el principio, Cheramy. Cuando tú, yo y tres más, estábamos en Fuerte del Frío, y llegaron allí Forrester y sus acompañantes, uno de los cuales era Kr'aash, el cual, por si no lo sabías, era uno de los más poderosos y astutos agentes de Bashur.

»Entonces, Cheramy, eras un jovenzuelo inexperto y aturdido, a quien le faltaba la madurez que da el paso de los años: Recordarás también que yo estaba a cargo de la estación emisora y receptora de espacio y galactogramas, como así mismo encargado del cifrado y descifrado de mensajes en clave. Recibí uno de ellos, avisándome de la llegada de Kr'aash, dándome, además, determinadas instrucciones que yo debía cumplir a toda costa.

»Excepto tú, todos los demás habían sido sobornados por Kr'aash. Sí; aunque te parezca increíble, también Joe Forrester había sucumbido a los encantos del oro que el agente de Bashur derrochaba sin tasa. Los propósitos de Bashur, por mediación de Kr'aash, eran los de fundar una quinta columna en la Unión Solar, que desbaratase nuestros planes. Pero Bashur olvidó algo fundamental, y es que también el oro terrestre sirve para comprar conciencias, por muy altairianas que sean, y nosotros, es decir, la Unión Solar, estábamos enterados, de sus planes. Entonces se me dio la orden de eliminarlos a todos.

Hubo unos momentos de silencio.

—¿Hasta a mí? —inquirió Stefan, al cabo de unos momentos.

—No; lo tuyo, te lo digo y te lo repito, fue un accidente, del cual soy yo el primero en arrepentirse.

—Pero, ¿qué planes eran los de Bashur, si es que a estas alturas

pueden saberse?

—Simplemente, continuar como hasta ahora, Cheramy.

—No entiendo —dijo el joven.

—Te lo explicaré —suspiró Farquhart—. Bashur gobierna un reino independiente, y esto, hoy día, no puede tolerarse. La unión entre los distintos pueblos de la Galaxia es necesaria, absolutamente necesaria. Hay mundos situados muy alejados de nosotros, y que sólo esperan el momento oportuno para lanzarse a una guerra intergaláctica, que, forzosamente, habría de tener devastadoras proporciones. Y sólo podremos resistir con ventaja, si todos cuantos formamos parte de la Vía Láctea nos unimos férreamente, codo con codo, hombro con hombro. Las distancias entre Galaxia y Galaxia son largas, pero acaban por recorrerse. Fuera de la nuestra, hay pueblos salvajes, feroces, para quienes la guerra y la destrucción, no de un mundo, sino de millares de ellos, es una simple diversión. Es contra estos seres que tenemos que prevenirnos y disponernos a resistir victoriosamente sus feroces embestidas.

—¿Y para convencer a Bashur ha empleado usted doce años, Farquhart?

El aludido movió la cabeza de un modo ambiguo.

—En parte, sí, y en parte, no. Tu amigo Bashur es un tipo muy recalcitrante y duro de pelar. Mucho nos ha costado llegar a este punto, pero al fin creo que hemos vencido. Su ayuda, en caso de una posible conflagración galáctica, nos sería valiosísima. Nunca quiso atender a razones, e intentó por todos los medios, incluida la Parthum, Packer y los Álvarez, estorbar nuestros planes. Él se siente muy feliz en su independencia, y en cierto modo yo no le censuro por ello; pero ignora que esos pueblos extra galácticos son infinitamente poderosos y que borrarían el reino de Altair con la misma facilidad con que yo pisoteo esta colilla.

»Pero no es esto solo lo que he estado haciendo durante los últimos doce años, Stefan, sino algo que no tardarás en saber. No me dediqué exclusivamente a la persecución de la firma de Bashur en un pacto ofensivo y defensivo común, integrando su reino en la Unión Solar. He recorrido nuestra Galaxia de punta a punta, habiendo estado en lugares donde nadie estuvo antes jamás. A veces, ¿lo recuerdas?, perdías mi pista. Era que yo me hallaba en lugares terriblemente distantes, negociando pactos similares con otros gobiernos galácticos,

Stefan. Ahora no es como antes, que las guerras se desarrollaban en un ámbito reducido de tiempo y espacio, la mayoría de ellas dentro de la superficie de un planeta. Hoy se desarrollan en lugares separados entre sí por millares de *parsecs* y su preparación tan sólo consume una considerable cantidad de tiempo. Por lo que a mi misión respecta, puedo decir que la he terminado ya, Stefan. Ahora, después de esto, volveré a la Tierra a gozar de unas bien merecidas vacaciones.

—Podía haberme dicho usted todo esto hace doce años —se quejó el joven.

—¿Para qué? No eras mucho más útil de este modo que no revelándote unos planes que no tenías por qué conocer entonces. Tu voz, tu guitarra y la leyenda de que buscabas a un hombre para matarlo, nos sirvió de mucho. A veces, todo hay que decirlo, estorbabas, y por eso se te preparaban aquellos frustrados atentados, a ver sí así desistías de tu empeño. Sin embargo, tus interferencias te eran toleradas en gracia a la amistad que mantienes con Bashur.

—Sigo siendo amigo suyo —se envaró Stefan.

Farquhart se encogió de hombres.

—La política, y más aún la política estelar, ha carecido siempre de entrañas —filosofó. —¿Qué importan diez o veinte vidas, qué importan las molestias, pocas, que pueda padecer Bashur al firmar el pacto de alianza con la Unión Solar? Más adelante se felicitará de haber accedido a nuestros deseos, te lo aseguro.

»Hay una raza poderosísima, cruel, salvaje, a cientos de miles de años de luz de distancia, dotada de armas y medios como no los hemos visto jamás, acechándonos en las profundidades del espacio, aguardando únicamente el momento propicio para desencadenar su ataque y someternos a la mayor de las esclavitudes. No podemos tolerarlo; no podemos permitir que la civilización de nuestra Galaxia perezca a manos de unos bárbaros salvajes, a quienes sus mundos se les han quedado pequeños —Farquhart se puso repentinamente en pie y, con solemne acento, exclamó—: Hemos de unirnos o morir, Cheramy.

Después de estas palabras, el silencio reinó en la estancia. De pronto se abrió la puerta y un hombre penetró en ella, seguido por Moyna.

—He oído cuanto has dicho, Farquhart, y estoy conforme en firmar este pacto —dijo Bashur impulsivamente—. Firmaremos ese acuerdo, uniéndonos sólidamente, y ¡ay de quien intente perturbar la paz que

reina en nuestra Vía Láctea! Será perseguido, acorralado y exterminado, y yo, Bashur, rey de Altair, empeñaré todos mis medios en la lucha, si algún día llega a producirse.

Farquhart se puso en pie de un salto. Los ojos le brillaban de excitación.

—¡Gracias a Dios!—exclamó aliviadísimo—. He empleado doce años de mi vida en llegar a este momento, soportando, incluso —Farquhart sonrió, mirando de soslayo al trovador—, el dicterio[3] de asesino. Pero todo lo doy por bien empleado ahora y veo, al fin, recompensados mis afanes.

Luego, Farquhart miró sonriente a Bashur al decir.

—Veo que mi hija supo hacerlo bien, dejando conectado el micrófono instalado en la habitación. Beatriz, eres digna hija de tu padre.

—Gracias, papá —sonrió ella tristemente.

Farquhart dijo ahora:

—Les ruego nos dejen unos momentos solos a Stefan y a mí. Tengo que hablarle.

Las dos mujeres y Bashur obedecieron, sin pronunciar una sola palabra. Farquhart cerró la puerta cuidadosamente, y luego desconectó el micrófono, de tal forma que nadie pudiera oír lo que iban a hablar los dos hombres.

Dos horas más tarde, la puerta de la estancia se abrió y Farquhart salió de ella, dejando tras sí a un Stefan aturdido, mareado, completamente estupefacto ante las increíbles revelaciones que acababa de escuchar, al mismo tiempo que sus ojos recorrían una y otra vez la gran carta astronómica de la Galaxia que tenía frente a sí. Aquellas dos horas habían sido más que suficientes para que su odio se transformase en admiración hacia el hombre a quien había perseguido sañudamente durante doce largos años.

La pronto oyó un ruidito a sus espaldas. Se volvió, viendo a Beatriz.

—¿Has renunciado ya a tu venganza, Abel Cheramy?

El joven se estremeció, pasándose una mano por la frente.

—Sí, claro... ¿Qué otra cosa puedo hacer? A menos que tu padre nos

haya engañado solemnemente, cosa que no creo ahora.

—Es cierto, absolutamente cierto, todo cuanto te ha dicho, Abel.

—No me llames así —dijo él—. Me acostumbré a oír siempre el nombre de Stefan y no quiero otro.

—Como quieras —murmuró Beatriz mansamente. —Pero me gustaría oírte rectificar la opinión que tienes de mi padre, Stefan. No quiero que sigas creyéndole un asesino. Fue un hombre que cumplió con su deber.

—Un deber muy amargo, que obliga a matar a la gente, y a cosas aún peores, Beatriz.

—Si lo dices por tu rostro, hay cirujanos estéticos que obran maravillas, Stefan. Ellos podrían arreglarte la cara y…

Pero, en aquel momento, algo interrumpió a la muchacha. Un trueno sordo, prolongado, estremeció la tierra. Menudos fragmentos de roca, mezclados con polvo, empezaron a caer del techo de la cueva.

Los dos jóvenes se miraron mutuamente, inquietos, aprensivos. El trueno volvió a repetirse, ahora más potente, viniendo de más lejos, como si naciera en el centro de aquel sombrío planeta.

Stefan miró instintivamente hacia arriba.

—¿Un terremoto? —murmuró apagadamente.

Una espantosa detonación sacudió el suelo con terrible violencia. A consecuencia del estremecimiento del suelo, la puerta saltó, arrancada de sus goznes. Una enorme roca se desplomó del techo, aplastando la mesa con enormes crujidos.

—¡Debe ser una erupción del volcán! —gritó el joven—. ¡Vamos, Beatriz!

Tornando a la joven de la mano, salieron los dos de la cueva, cuyas paredes se movían como, sí en vez de ser de sólida roca, fueran una simple decoración teatral. Por todas partes se oían crujidos **y** estallidos, y el suelo vacilaba y se movía de modo espantoso, en medio de continuas y ensordecedoras explosiones.

Por todas partes surgían los hombres de las cuevas, encaminándose hacia la salida exterior. Los gritos y los aullidos se mezclaban, en

confusa y detonante algarabía, con las órdenes e imprecaciones, de las que nadie hacía el menor caso. Por fin, Stefan y Beatriz consiguieron ganar el terreno libre, llegando al hielo, sin notar apenas, en su excitación, la baja temperatura que reinaba fuera de las grutas.

- ¡Es el volcán! —gritó alguien, señalando hacia arriba, y las miradas de todos cuantos allí se encontraban se dirigieron hacia la cumbre de la montaña.

Enormes ruidos salían de la roja boca del volcán, mezclados con gigantescas piedras que eran lanzadas al aire sin el menor esfuerzo, rodando luego con horrísono fragor por las laderas de la montaña. El resplandor del cráter aumentó de pronto.

- ¡A las naves, a las naves!—gritó alguien de pronto.

Y la desbandada, desordenada, confusa, se inició al instante.

En aquel momento, Stefan echó en falta a una persona.

—¡Moyna! —gritó—. ¡Moyna! ¿Dónde estás? ¡Moyna!

Un río de incandescente lava empezó a brotar por la boca del volcán. Beatriz se dio cuenta de lo que pretendía el joven e intentó detenerle, pero en vano; Stefan se desasió de sus brazos y corrió hacia la cueva.

El suelo se estremecía horriblemente, haciendo dificilísima la marcha. Esquivando los trozos de roca que caían del techo, y de las paredes, Stefan recorrió todos los rincones de aquel antro, que ahora parecía más infernal que nunca, buscando a la muchacha.

La halló en el suelo, tendida, con un poco de sangre en la frente, a consecuencia de un golpe recibido, sin duda de alguna piedra desprendida de lo alto. No lejos de allí estaba Farquhart metiendo apresuradamente en una cartera un grueso fajo de papeles. Más allá, en una rápida visión de conjunto, el joven advirtió numerosos aparatos transmisores y receptores de radio, así como calculadoras y computadoras perfectísimas, lo cual le dio la idea de que aquel lugar había sido uno de los utilizados por Farquhart en sus correrías al servicio de la Inteligencia de la Unión Solar.

Pero ahora no podía entretenerse mucho. Farquhart le dijo:

—¡Llévese a la muchacha, pronto! ¡Esto se va a hundir de un momento a otro! ¡Que el diablo cargue con el que tuvo la idea de establecer aquí este puesto de transmisiones!

Stefan se inclinó, tomando a la muchacha en brazos, notando que era un simple desvanecimiento del que muy pronto se recobraría, sin posteriores señales en su físico ni en su alma. Ya en la puerta, se volvió.

—¿Y usted, Farquhart?

—Dése prisa y déjeme a mí en paz; voy ahora mismo.

El joven obedeció y huyó de aquel lugar de infierno, estremecido por un colosal terremoto y que amenazaba con hundirse en cualquier momento. Salió fuera y la diferencia de temperatura, en lugar de acobardarle, le refrescó notablemente las ideas.

Beatriz estaba a unos pasos de la cueva, aguardándole impaciente.

—¡Vamos aprisa, Stefan; la lava empieza ya a caer!

El joven depositó a Moyna en el suelo.

—No puedo; tu padre está adentro y he de sacarle fuera. ¡No sé qué diablos...!

Beatriz gritó, espeluznada, interrumpiendo al joven. Éste, alarmadísimo, se volvió, notando que el vello se le erizaba de pavor.

Un río, un enorme y ancho río de materia en fusión, abrasando todo cuanto encontraba a su paso, descendía, rugiente y bramador, por la ladera del volcán, amenazando con llegar en contados momentos a las astronaves.

Stefan se percató de que ya no tenía tiempo de regresar a la cueva a rescatar al padre de Beatriz. Se inclinó, y tomó de nuevo en sus brazos a la desmayada Moyna, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Corre, Beatriz, corre o perecerás abrasada!

Desde las naves les apremiaron para subir a ellas. El poderoso vozarrón de Bashur se oyó por encima del fragor volcánico.

Ya en el montacargas que los ascendería hasta la esclusa de acceso a la nave, Stefan se volvió. El río de lava estaba llegando en aquellos momentos a la base de la montaña, chillando y retorciéndose como un ser vivo atormentado por todas las furias del averno, alumbrando con sus rojas llamaradas la escena.

Beatriz gritó espeluznada. En aquel momento su padre, con dos

pesadas carteras en las manos, salía al exterior. El ruido y los truenos aumentaban por momentos.

Farquhart se volvió, mirando hacia arria. El río de lava ocupaba al menos una extensión de medio kilómetro. Era imposible ya la huida.

El silbido de la lava al chocar contra el hielo de la base, fundiéndolo y vaporizándolo, apagó los gritos de horror de Beatriz al ver morir a su padre, devorado en un segundo por aquel infierno incandescente. Farquhart no se movió de su sitio, seguro de que todos sus esfuerzos iban a ser vanos, y así la materia en fusión lo engulló en sus ardientes fauces en una décima de segundo.

* * *

En órbita libre, fijado ya el rumbo hacia Diuhaut, varios días después de la muerte de su padre, Beatriz se animó a salir de su cámara. Con lentos pasos se dirigió hacia el salón, viendo en él, en uno de sus extremos, a Stefan y Moyna, charlando animadamente. Beatriz se detuvo, llevándose las manos al pecho.

Una pesada mano se apoyó en su hombro. Se volvió.

—Ese hombre no es para ti, muchacha. La rigeliana le tiene sorbido el seso.

—¡Pero Moyna es una mestiza!

Bashur meneó la cabeza.

—Ése es uno de los viejos prejuicios de tu planeta, que debes aprender a desechar. En la Galaxia no hay más que seres humanos, cualquiera que sea el color de su piel. Y todos, blancos, negros, cobrizos, amarillos, de todos los tonos, deberemos unirnos si esa raza de salvajes extragalácticos se lanza al ataque, olvidando todas nuestras diferencias. El ejemplo de tu padre debes tenerlo muy en cuenta, Beatriz.

—¿Cree usted que esos seres que viven fuera de nuestra nebulosa desencadenarán una guerra?

Bashur asintió con aire pesimista.

—Tu padre tenía una gran visión del futuro y no hizo lo que hizo a humo de pajas. Debemos prepararnos para una guerra cruenta, a muerte, en la cual no se dará ni se pedirá cuartel, y en la cual serán

destruidos infinidad de planetas de los cien mil millones que hay en nuestra Galaxia. No sabemos cómo son los habitantes de ese mundo que está dispuesto a atacarnos, pero si nos conocemos a nosotros mismos. Y blancos, negros, amarillos o cobrizos, somos humanos. ¡Hombres!, para que lo sepas, Beatriz.

La muchacha asintió. Pero no pudo evitar que una lágrima rodase por sus mejillas, al ver que los rostros de Moyna y Stefan se unían en un apasionado beso. Por encima de todos los peligros que les acechaban, ellos contaban con su amor, que les daría fuerzas y ánimos para arrostrarlos.

Y en lo alto del cielo, a millón y medio de años luz de distancia, una raza extragaláctica, salvaje, fuerte y poderosa, escrutaba el espacio frontero a la Vía Láctea, disponiéndose a desencadenar un mortífero ataque, que, devastando la Galaxia, en una forma jamás soñada por seres humanos, la pusiera fuera de combate desde los primeros momentos.

FIN

[1] *El «parsec» es una medida utilizada por los astrónomos en sus cálculos y que equivale a 3,26 años luz, o sea unos 30 billones, 800 mil millones de kilómetros.* (N. del A.)

[2] Vulpecula*, la zorra, es una constelación del norte ubicada en medio del Triángulo de verano, al norte de Sagitta y Delphinus* (nota del corrector)

[3] **dicterio***: Dicho denigrativo que insulta y provoca.* (Nota del corrector)